EL TEATRO MODERNO

E. CONTRERAS CAMARGO Y L. LOPEZ DE SAA

LA ESPAÑOLA QUE FUÉ MAS QUE REINA

50 CENTIMOS

PRENSA MODERNA

EL TEATRO
MODERNO
AÑO II 15 MAYO 1926 NUM. 33

E. Contreras y Camargo
L. López de Sáa

LA ESPAÑOLA QUE FUE MAS QUE REINA

COMEDIA ANECDOTICA EN CINCO ACTOS Y UN EPILOGO

ESTRENADA EN EL TEATRO DE MARAVILLAS, DE MADRID, EL 12 DE ENERO DE 1926, POR LA COMPAÑIA DE CONCHA TORRES

PRENSA MODERNA
MADRID

EN EL PRÓXIMO NÚMERO

A campo traviesa

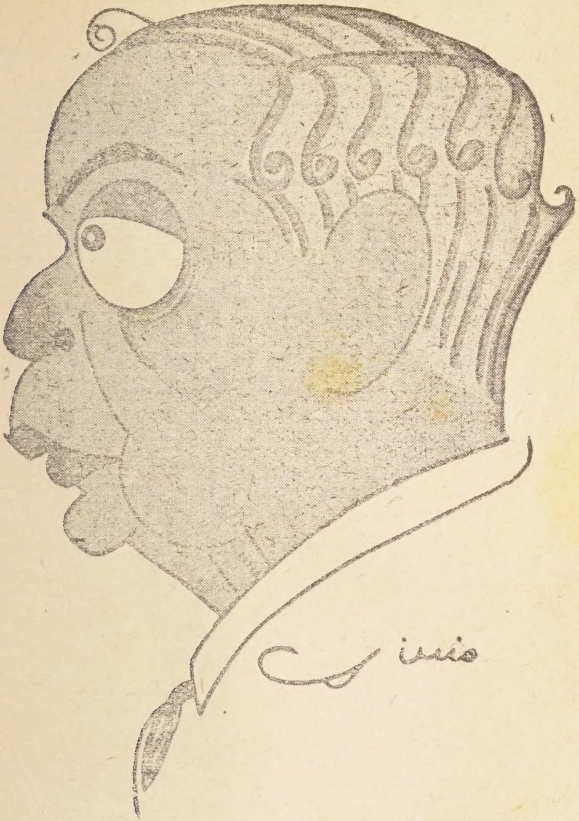
POR

Felipe Sassone

CARICATURA DE

S I R I O

IMP. SÁEZ HERMANOS
CORTE 21 MADRID



E. CONTRERAS Y CAMARGO

PERSONAJES

DEL ACTO PRIMERO

Eugenia, condesa de Teba.—Condesa del Montijo.—Paquita.—Mirandola.—Pepa.—Clara.—Lola.—Próspero Merimée.—Duque de Alba. Conde de Mandas.—Tío Lebrato.—José Luis.—Chiclanero.—Fernando.—Caballero I.—Caballero II.—Un criado.—Señoras, señoritas y caballeros invitados.—Gitana cantaora y bailaora.—Gitano tocaor.

DEL ACTO SEGUNDO

Eugenia.—Condesa del Montijo.—Duquesa de la Briée.—Marquesa.—Condesa de Lambal.—Baronesa.—Napoleón.—Callerghis.—Duque de Osuna.—Merimée.—La Chesnaye.—Legarde.—Chandelier.—Aquiles Fould.—Renato.—Criado.

DEL ACTO TERCERO

Eugenia.—Condesa del Montijo.—Duquesa de la Briée.—Condesa de Lambal.—Eva de Larroche Lambert.—Princesa de Essling.—Duquesa de Bassano.—Vizcondesa de Aguado.—Condesa de Montebello.—Condesa de Lezay.—Baronesa de Malvret.—Baronesa de Pierres.—Napoleón.—La Chesnaye.—Merimée.—Callerghis.—Rey Jerónimo Bonaparte.—Obispo de Nancy.—General Saint-Arnaud.—General Vaillant.—General Magnan.—Conde Tascher de la Pajerie. Príncipe Napoleón.—Luciano Murat.—Pedro Bonaparte.—Duque de Cambaceres.—Marqués de Valdegama.

DEL ACTO CUARTO

Eugenia.—Duquesa de la Briée.—Condesa de Lambal.—Condesa de Larroche Lambert.—Pepa.—Napoleón.—Merimée.—Callerghis.—General Saint-Arnaud.—General Vaillant.—Persigny.—Aquiles Fould. Biguet.—El príncipe Luis.

DEL ACTO QUINTO

Eugenia.—Condesa de Lambal.—Eva de Larroche.—Duquesa de la Briée.—Madame Lebreton.—Próspero Merimée.—Príncipe de Metternich.—Conde de Nigra.—Biguet.—Prefecto de París.

DEL EPILOGO

Eugenia.—Dama de compañía.—Un guarda.

ACTO PRIMERO

Una fiesta en Granada. Año 1845.

Patio andaluz en un palacio señorial de Granada. En la galería que lo rodea se ven muebles, tapices y cuadros valiosos que atestiguan la buena posición y el gusto artístico de los dueños de la finca. En la galería se abren dos puertas a la izquierda, que comunican con el interior, y una a la derecha, que da al zaguán. En el fondo, otra gran puerta permite ver un bello jardín. Al levantarse el telón, aparecen las figuras formando grupos, sentados los más, en pie algunos, y en el centro, la gitana Mirandola y el tío Lebrato; ella, con los palillos y en actitud de baile; él, sentado y acompañando con la guitarra.

Si la actriz que haga el papel de Mirandola no sabe cantar ni bailar, y el actor que hace el Tío Lebrato no sabe tocar la guitarra, deben añadirse a estos personajes una *cantaora* y *bailaora* y un *tocaor*, que vistan de gitanos y cumplan el cometido que se indica.

ESCENA I

Eugenia, Condesa, Paquita, Mirandola, Clara, Lola, Duque, Conde, Tío Lebrato, Merimée, Frasquito e *Invitados de ambos sexos,* después *Pepa.*

(Antes de alzarse el telón, se oye dentro la copla siguiente, cantada por la gitana Mirandola:)

MIRAN. ¡Malhaya la pena mía,
malhaya del que no ve
las penitas que yo sufro
y estoy pasando por él!

LEBRA. *(Dentro.)* ¡Ole, chispaso!... ¡Fandanguillo!... ¡Venga el charandé y la jerigonza del fraile! *(Se alza el telón, la gitana canta la copla*

que sigue y baila, acompañándola a la guitarra el tío Lebrato.)

MIRAN. ¡Malditos sean tus clisos,
si mis achares no ves!
¡Mala puñalá te peguen
si habías con otra mujer!

(Al terminar el baile, todos los espectadores aplauden.)

COND. ¡Muy bien!
DUQ. ¡Bravísimo!
CONDS. *(A Merimée.)* ¿Qué le parece a usted, monsieur Próspero?
MERIM. ¡Oh, admirable!... ¡Esto es la bella Andalusía!... ¡La del sol que deslumbra, las flores que embriagan y las bellas mujeres que lo mismo expresan en coplas sus alegrías que sus penas!
DUQ. Verdad.
CLARA. Para un alma de artista como la suya, esta tierra ha de ofrecer singulares encantos.
MERIM. Muchos, es cierto.
LEBRA. *(A Mirandola.)* Gibelas como un colorín, pindorrá; pero ya basta pa el diñipen y el jandaró que nos darán las señorías. ¡Barsamia!
MIRAN. Ospachirima. Batorré.
LOLA. ¡Jesús que jerga!
CLARA. ¡Es gracioso!... No entendemos ni jota.
CONDS. ¿Qué dice el tío Lebrato?
LEBRA. Digo lo que vuestra merced: que ya es mucho el sonanteo y que se marela el pesquivó.
MIRAN. En cristiano, padrino, que no entienden.
CONDS. ¡A la batea, tío Lebrato!
LEBRA. Señá condesa, m'alegro que la mande pa que a la güerta se yeve mis respetos en oro.
MERIM. ¡Bella frase!
LEBRA. Vuesensia es la madre e la gente cañí, que se pirria por darle gusto, pero digo que ya que habemos bailao y habemos cantao y habemos jecho lo que buenamente se pué pa que nos diquele el mislor, lo otro es abusar.

CONDS. No por el abuso, sino porque descansen ustedes, Pepa les llevará al comedor del parque, que hay gazpachada.

PEPA. *(Que acaba de entrar y es una mujercita muy charlatana y aspaventera.)* ¡Ay!... ¿Ar comedó der parque, señá condesa?

CONDS. Eso dije, mujer.

PEPA. ¡Ay! Es que está resién arjofifao, y me lo ponen perdío e "saliviya".

LEBRA. *(A Pepa, con enojo.)* Digasté que yo cuando escupo jecho lentejuelas.

PEPA. ¡Pos si las echa usté a contrapelo, compare, y se pone osté ar só, caza más alondras que días tié el año!

LEBRA. ¡Esaboría!

CONDS. *(A Pepa.)* Calla y obedece, mujer. Si tú no tocas no hay misa.

PEPA. Pos cuando la señá Condesa guste. *(Aparte.)* ¡Me paese que en la cosina ya estaban bien!

CONDS. Cuando ellos quieran.

LEBRA. Pos ahora, digo yo, ¡digo!, ¡si lo dise la señá Condesa!

CONDS. A divertirse y que aproveche, tío Lebrato.

LEBRA. Se agraese.

MIRAN. ¡Vamos, padrino!

LEBRA, Niña, deja, que hay que correspondé con educasión.

PEPA. Pero ¿vienen ustés?

LEBRA. ¡Digo!... *(Iniciando el mutis y volviéndose rápidamente para decir desde la puerta.)* ¡Viva la señá Condesa!

MIRAN. ¡Sonsoní, padrino, que no entra el rey!

MERIM. *(Dándoles algunas monedas.)* Tomen, buenas gentes.

MIRAN. Grasias, mislor.

LEBRA. Cuando quieran sus mersedes un jipío, avisan. Y usía, mislor, si esta noche está desvelao por una u otra cosa, no tié más que darme una palmá pa que el tío Lebrato vaya a cantarle "asté" un cante jondo que dure justa la cuaresma.

MERIM. Gracias, lo haré así.
LEBRA. Pa eso estamo; mandá. *(Vanse Mirandola y el tío Lebrato y los demás gitanos.)*

ESCENA II

Los mismos, menos *Mirandola, tío Lebrato* y los *gitanos.*

MERIM. ¡Deliciosa gente!
CONDS. Veo que le gusta mi tierra.
MERIM. Como a Washington Irving y a Teófilo Gautier. Somos los únicos extraños que ven la España sin exageraciones.
DUQ. Sí, monsieur Merimée, justo es declarar que hasta ahora no nos favorecieron las pinturas de nuestros visitantes.
CONDS. Aquí hay de todo.
MERIM. Y sobre todo, hermosura.
COND. En la gente humilde.
MERIM. Y en las damas altivas.
DUQ. Condesa, va por ti.
CONDS. Paso, Duque.
DUQ. No hay juego.
CONDS. Pero hay verdad... Lo acepto por mis hijas.
MERIM. ¡Oh!, para ellas habría que inventar la ponderación. Dignas flores de tal "corbeille".
CONDS. *(Riendo y dirigiéndose al grupo que forman Eugenia y Paquita con otras muchachas, y al que se ha aproximado el Duque.)* Venid, hijas mías, que llueve.
EUGEN. *(Extendiendo la mano como si en verdad lloviera.)* ¡Como no sean rayitos de sol!
CONDS. Llueven piropos.
PAQUI. *(Que habla animadamente con el Duque.)* ¡Ah, pues entonces aquí me quedo!
CONDS. Duque, las tienes secuestradas.
EUGEN. A mí, no; a Paquita, que es más grave y más seria, que es lo que le gusta a Jacobo.
PAQUI. ¡Envidiosilla!

DUQ. *(A Paquita, por Eugenia.)* Tú verás.
EUGEN. ¿Envidiosa yo? *(Dirigiéndose a Merimée.)* ¿Monsieur Merimée, cuándo volvemos a París?
MERIM. En cuanto triunfe la república.
CONDS. ¡Oh!... ¿Todavía? Demodé, demodé.
COND. Para largo va.
CONDS. ¿Cuándo dejaréis, mi querido poeta, ese sedimento de jacobinismo?
MERIM. Señora, todo francés lleva en el alma el instinto de su liberación.
CONDS. Que os traerá el Bonaparte nuevo, el eterno nombre.
MERIM. Otro Luis... ¿Qué más da Luis Felipe, que Carlos Luis? Nuestra inquietud se revela en los cambios de ministerios. Guizot nos aburre.
EUGEN. ¡Dios mío, ya está la política!
MERIM. Y en Granada, y en primavera, y con un ángel, como Eugenia, al lado... ¡Parbleau! Permitidme un escape de argot, señora.
COND. ¿Y qué se llevará el poeta de nuestros solares?
MERIM. Apuntes.
CONDS. O sátiras.
MERIM. Condesa, los grandes de España no son como aquellos que destrozó el 93. Son razas elegidas que conservan sus derechos y patrimonios, democratizándose con el pueblo. Lo acabo de ver. Todo tiene acceso a su piedad, jamás encastillada en perversiones de linaje.
DUQ. Merimée, gracias en nombre de los nuestros.
MERIM. Es la verdad.
CONDS. No lo creáis; galantería bruja.
MERIM. Sinceridad agradecida. Escribo una novela de gente humilde que estudié en mi tránsito por la serranía de Córdoba.
EUGEN. ¿Y el título?
MERIM. Carmen.
COND. Muy español.
MERIM. Bandidos y toreros.
DUQ. ¡Oh, lo de siempre! ¡Por Dios, monsieur Próspero! Los niños de Ecija se refugian ya en los

ciudades. Han tomado varios oficios, y siempre al amparo de la ley.

MERIM. Me sirven más los otros; los antiguos. Pasiones ardientes.

EUGEN. Afanes no logrados, traiciones, venganzas, ¿verdad?... Ya veo a la heroina: un corazón que se abrasa por un indiferente que lo desdeña y lo pisa. *(Con mucha vehemencia y mirando intencionadamente al Duque.)*

MERIM. En efecto, Carmen es así. Es mucha intuición la vuestra.

EUGEN. La da el suelo. Vea usted a mis paisanas, esas mocitas del mantoncillo volado y el rostro monjil. Son humildes y graves; no piden las palabras del hombre, mas si alguna les dan, y sabe a promesa, y las engañan, entonces, monsieur Próspero, tome usted la posta.

MERIM. Líbreme Dios de hacer la prueba. *(Van desfilando los invitados poco a poco hacia el jardín.)*

EUGEN. Así son... Así somos.

CONDS. ¿Tú qué sabes, chiquilla?

DUQ. Déjala desbarrar.

MERIM. ¡Pero con cuánto ímpetu y gracia!

EUGEN. Las gracias al gran escritor. *(Al Duque.)* Ni por ésas me haces hablar.

DUQ. Eugenia lo es todo. Si Vicente López no fuera tan viejo, le requeriría para esclavizar su pincel de sus gallardías.

EUGEN. Avísale; aún es tiempo.

DUQ. Ya no; pero copias guardan los ojos de todo lo que haces.

COND. ¡Vamos, vamos! Dejad los discreteos.

EUGEN. Las mentiras, dirás.

COND. Eres una ingrata.

EUGEN. Soy casi una zahorí... Pero están en el parque nuestros amigos, que corrieron la posta para venir a vernos, y nosotros aquí, ternes que ternes, en que si esto o lo otro... No ponga usted esa cara, amigo Merimée, admirable jacobino,

maestro de mi devoción... ¿quiere usted ofrecerme su brazo?

MERIM. ¿Y con qué se paga esta gloria?

EUGEN. ¡Ay! Ya se me hace andaluz.

MERIM. Y cura granadino para decir misa en su altar.

DUQ. ¡Pero, monsieur Próspero!

EUGEN. *(Riendo.)* ¡Magnífico!... ¡Si estuviéramos en París y le viera el amigo Sthandal!...

MERIM. Diría lo que yo... ¡Es la tierra, Eugenita, es la tierra!

CONDS. Así me gusta. Se prohiben los ceños ásperos. Nos pertenece usted por algunos días. Quiero que vea usted mi casa, mi azotea.

EUGEN. ¡Ay, sí! Se me olvidaba ya... Nuestra azotea es el paraíso... ¿sabe usted? Quien no ha visto Granada, no ha visto nada, pero desde la azotea... Mi madre es un cicerone de la azotea.

CONDS. Como que es una vista preciosa.

EUGEN. Vamos a descubrirlo todo para que luego ponga usted en su novela: Desde allí, Sierra Elvira, con sus paños de oro, gala que se viste mientras pasa el sol; el Generalife, donde nunca sonaron los ecos de las cabalgatas, tanto como desde que el silencio de la muerte cubrió sus huellas... los cármenes blancos, de ojos negros, que afilaban la altura, y la vega suave y la ciudad riente alimentándose con la luz divina y el aire puro, donde las voces de los hombres y las de las campanas suenan como nunca se oyeron... y a mi lado, Eugenia del Montijo, que disparata, como dice el duque. *(Suelta la risa.)*

CONDS. Es una locuela. No hay que hacerla caso.

MERIM. Sí; hay que hacerla caso, condesa. ¡Deliciosa criatura, de envidiable imaginación!

EUGEN. ¿Qué? ¿Estuve bien?

COND. Es una trágica.

DUQ. Demasiado.

EUGEN. Seremos como tú, siempre en tu gravedad y en tu línea... ¡Ah! *(A Merimée.)* Tengo que en-

señar'e también nuestro teatrito... ¡Es muy mono!

COND. No es precisamente un Beaujolais, pero basta para cualquier comedia de Rubí, poeta de moda... Haremos con su ayuda "La feria de Mairena", "Galiana"...

MERIM. Satisfechísimo. ¡Cuántas bondades, amigas y señoras!

ESCENA III

Los mismos y *Fernando.*

FERN. *(Entrando por el foro.)* ¡Eugenia!... ¡Paquita!... ¡Nos dejáis solos! Pero rabia, que nos divertimos.

CONDS. Así se hace; para eso vinisteis.

FERN. Gándara ha montado al revés en el burro del tío Lebrato... y el tío Lebrato tiene una chispa que alumbra.

COND. ¿Y tú?

FERN. A medios pelos... Nos han envenenado la manzanilla... Por eso busco mi sostén. *(Apoyándose en el conde.)*

COND. Pues allá va... allá vamos todos.

EUGEN. *(Tomando el brazo de Merimée y volviéndose a su hermana, que sigue hablando con el duque.)* ¿Vienes, Paquita?

PAQUI. *(Corriendo hacia su hermana.)* Sí, preciosa... ¿Qué tienes conmigo?

EUGEN. Yo, nada... ¿Pues qué te figuras?... ¡Andando, andando!

CONDS. *(Rápidamente al Duque.)* Quédate. Hemos de hablar. *(Vanse todos menos el Duque y la Condesa.)*

ESCENA IV

La Condesa y *el Duque. Eugenia,* dentro.

DUQ. Te escucho.

EUGEN. *(Dentro.)* ¡Mamá!... ¿No vienes?

CONDS. ¿Ves? ¡Ya sospecha que hablo contigo!... *(Al-*

to.) Voy, voy al instante... *(Al Duque.)* Jacobo... es muy difícil el principio de esta conversación.

DUQ. Me intrigas.

CONDS. Aunque sospechas dónde voy a parar.

DUQ. No lo niego.

CONDS. Pues bien; ahora soy la madre, no la pariente andaluza que tanta gracia os hace por su alegre genio.

DUQ. Y a la que nuestro respeto pone un altar.

CONDS. Soy digna de él.

DUQ. Lo sabemos todos, condesa.

CONDS. Hace tiempo se inició un pacto de familia...

DUQ. Que deseo cumplir.

CONDS. Las bodas entre nosotros, como las de nuestros señores, suelen ser por razón de Estado. Miel sobre hojuelas, si sube por la heráldica el corazón... pero ahora son dos corazones los que has sabido conquistar.

DUQ. ¡Oh, eso es una sospecha que me ofende!...

CONDS. No te tapes los ojos al ver que tu conciencia me da la razón, Jacobo. Los hombres pensáis, juzgando por vuestro egoísmo, que la mujer ni siente ni sufre por la distracción que representa o por el despego que finge, pero no hay palabra que pierda ni frase que no la haga soñar; el desengaño la martiriza horriblemente, porque le impone el disimulo.

DUQ. Pero... ¿adónde vas a parar?

CONDS. Jacobo, eres libre. ¡En el secreto profundo de esta conversación, que era necesaria, te lo digo! ¡Rómpase, si quieres, nuestro propósito de boda!, pero... comprende lo que quiero callar.

DUQ. *(Levantándose.)* Noble condesa de Montijo; yo, Jacobo Stuart Fitz James, duque de Alba, tengo el honor de solicitar humildemente la mano de su primogénita María Francisca.

CONDS. ¡Oh, Dios mío! ¡Calla! *(Levantándose y mirando por todas partes.)* ¡Si te oyese!..

DUQ. Pero... ¿quién?

CONDS. ¿Pero no has comprendido que Eugenia?...
DUQ. Lo adivinaba, sí...
CONDS. Tu versatilidad... tu indecisión...
DUQ. Es verdad; quiero ser perdonado y solicito ese consentimiento.
CONDS. Lo tienes... Pero la otra... ¡pobre Eugenia! ¡Pobre hija mía!...
DUQ. La traté... en juego, como a una niña... ¿quién pudo suponer...?
CONDS. ¡Oh, los hombres! ¡Los hombres!
DUQ. Me alejaré, hasta que...
CONDS. Iba a suplicártelo... La haré viajar... distraerse, pero sólo yo, con mis ojos de madre, he visto lo que pasa en su corazón. Por Dios, ¡que no se entere!
DUQ. Buscaré un pretexto y me iré mañana.
CONDS. Sí, sí... ¡Es preciso!
DUQ. ¿Puedo darte el nombre de madre mía?
CONDS. Siempre lo fuí...
DUQ. ¡Triste contrariedad!
CONDS. ¡Disimula... vienen! *(Aparece Eugenia, llevando de una mano a Mirandola, y de la otra al tío Lebrato. Detrás de ellos entran algunas señoritas que formando grupo contemplan la escena.)*

ESCENA V

Los mismos, Eugenia, Mirandola y Tío Lebrato.

EUGEN. ¡Ea! Ahora vamos a saber lo que me propongo.
DUQ. ¡Qué supersticiosa, chiquilla!
CONDS. ¿Pero dónde vas?
DUQ. ¿No lo comprendes?... A rasgar el velo del porvenir, valiéndose del tío Lebrato y de la Mirandola.
EUGEN. Búrlate, pero entre burlas y veras se sabe a veces la verdad
CONDS. Nunca, hija, nunca. Te la dirá tu madre.

EUGEN. Veremos. Tío Lebrato.
LEBRA. Sita condesa...
EUGEN. Coja usted las manos del señor duque.
LEBRA. Me orvié de los mitones, y hoy veo poco y turbio.
MIRAN. Hoy y toa la zemana.
LEBRA. Anda, niña... coge la mano al zeñó Duque.
MIRAN. *(Acercándose y titubeando, al ver que el duque tiene las manos en los bolsillos del pantalón.)* Es que...
LEBRA. ¿Qué paza?
MIRAN. ¡Qué ha de pazar!... Que las tiene en los borzillos y a mí no me gusta meterme en interioridaes...
DUQ. Tienes razón, mujer... Aquí está. Dí lo que veas en elia.
MIRAN. ¡Josú! *(Todos se aproximan.)*
EUGEN. ¿Qué?...
DUQ. ¡Vaya!... Habla pronto.
MIRAN. ¡Qué sortija y qué piedra, María Zantísima!
EUGEN. ¡Dale! No es eso lo que te preguntan.
LEBRA. Hay que dizimulá, sita condesa. Dicabeló la chisera, y como no pudo ir al randipén, dijo: ¡Josú! *(Entreteniendo a Eugenia y a su madre, sin pretenderlo, mientras el Duque habla con Mirandola.)* ¡Pero lo que es a vista! ¡Chipén!
DUQ. *(Bajo y rápidamente a Mirandola.)* ¿Te gusta este anillo, Mirandola?
MIRAN. ¡Ay, señó Duque, pos no ha de gustarme?
DUQ. ¡Calla! Es tuyo si me pronosticas lo peor, ¿entiendes?
MIRAN. ¡Ay, sí, señó!
DUQ. Sin que nadie se entere. Pobreza, fealdad, las viruelas de aquí a tres días... la muerte.
MIRAN. ¡Ay, ezo sí que no, que es usté mu resaleroso!...
DUQ. ¡Obedece! *(Alto.)* Vamos, mujer, no te asustes, yo tengo corazón para todo.
EUGEN. *(Aparte.)* ¡Ojalá!
MIRAN. ¡Ay, señó, que no puedo... que son malitas las cosas que veo yo aquí!...

LEBRA. ¡Maldita sea!... ¡A que lo jecha a perdé! *(Aparte.)* ¡Niña... to lo que se ve, es güeno!

MIRAN. ¡Que no, padrino! *(Tío Lebrato, consumiéndose, le hace señas de dinero.)*

LEBRA. ¡Malos mengues te coman!... ¡Adiós mis jayeres...!

MIRAN. *(Al Duque, pero procurando que los demás se enteren.)* Es usté muy rico, pero ha de verse más probe y pelao que una rata sarnosa...

LEBRA. ¡Atiza!

MIRAN. Pero será por poco tiempo, porque al verse asina, de un sofocón le darán las viruelas.

EUGEN. ¡Jesús, Dios mío! Mirandola, ¿dices la verdad?...

MIRAN. ¡Digo! Y se morirá zolo y rabiando, sin que naide se acerque a su piltra.

EUGEN. ¿Ni... una mujer?

MIRAN. *(Al Duque, haciendo como que le ve mejor la mano.)* ¿Digo que sí?

DUQ. *(Lo mismo.)* ¡Nadie!

MIRAN. ¡Pa mujeres estará el angelito, Jozú! No sé por qué m'ha llamao vía, señó Duque... ¡que yo me voy a morí de pena, que en viendo yo la perdisión de un hombre güeno, me pongo casi espirabá!

LEBRA. *(Aparte.)* Pue que con este zanto se arregle la cosa.

EUGEN. ¡Pues no te creo, Mirandola! Eso no puede ser. ¡Vaya! *(Tendiéndole la mano.)*

DUQ. ¡Muchas cosas me dijiste, mujer! ¡Malas cosas me esperan! ¡Voy a pasar un diita!... *(Aparte, dándole la sortija.)* ¡Toma! A la señorita condesa, todo lo contrario...

EUGEN. Ahora a mí, la buena ventura, o la mala ventura. *(Tendiéndole la mano.)* Pero como al señor Duque, has de decirme la verdad... Toda la verdad.

MIRAN. Por su mare que sí.

CONDS. ¡Deja a su madre, niña!

LEBRA. Es un desí, señora... Nosotros andamos entre nosotros disiéndonos, ¡por tu salú!... ¡por su

salú!... ¡por mi salú!... y alu.go tóo s'acaba como Dios quiere..

CONDS. Es un consuelo.

LEBRA. Digo...

MIRAN. ¡Ay, zita condesa!, si con sólo verla se sab tóo lo que va a ser de usté. Vamos, padrino, mie usté qué mieflor de raya.. Usté que lo entiende... *(Por la mano de Eugenia, que tiene entre las suyas.)*

LEBRA. E verdá... ¡Vaya un camino é gloria er que tié la niña!...

CONDS. ¿A ver?...

DUQ. Esta gitana vale un mundo...

MIRAN. ¡María Zantísima! ¡Virgen de las Angustias!..

EUGEN. ¡Mujer... acabarás por meterme en cuidado!

MIRAN. ¡Josú, y qué escalofrío me asaltan!... ¡Qué corona van a poné en esos rizos de oro!

EUGEN. ¿Una corona?

DUQ. ¿La ves tú?

MIRAN. ¡Brilla como los cristales al ponerse el sol!

COND. Corona ya la tiene.

DUQ. ¿Es de condesa?

MIRAN. ¡Más!

EUGEN. ¿Es... de duquesa? *(Mirando al Duque intencionadamente.)*

MIRAN. No, no. Es más, es más... ¡Ahora, por éstas, que la veo!

DUQ. ¿Entonces, es de reina?

EUGEN. *(Riendo.)* ¡De la Trebisonda!

COND. ¡Y quién sabe!

EUGEN. ¡Mamá, por Dios!

DUQ. ¿Es eso, Mirandola? ¿Quieres decir que será reina?

MIRAN. Lo que yo veo, es más, señó Duque.

EUGEN. ¿Más que reina? ¡No puede ser!

DUQ. En España, no; pero en otras naciones hay emperatrices.

CONDS. Ciertísimo.

EUGEN. ¡Es gracioso!... Y dime, ¿de qué imperio?

MIRAN. Eso no lo sé.

EUGEN. ¡Eres ocurrente, Mirandola!... Me encantas y me abrumas... ¡Reina yo!

DUQ. Más; ¿no lo oiste? Has de ser más que reina; toda una emperatriz. Y me alegro, chiquilla, si soy súbdito tuyo.

EUGEN. ¡Qué envidia voy a darte!... ¡Y qué rabia voy a dar a otros muchos!... Y como eso será en seguida, ¿no es cierto, Mirandola?... Es preciso no perder tiempo... Hay que ensayar el papel a escape. Mamá, te daré títulos y honores... Casaré a Paquita con un príncipe, y en cuanto a vos, señor Duque, seréis mi secretario... hasta que os den las viruelas.

DUQ. Ese será el sofoco que me pronosticó Mirandola. La envidia.

EUGEN. Siento no poder otorgaros mi gracia por más tiempo, pero estoy decidida a que en mi corte no haya rostros desagradables...

DUQ. ¡Majestad!... No dejaré por eso de ser vuestro súbdito más rendido.

EUGEN. Gracias... Desde ahora empieza mi poder... Tío Lebrato, ¡dos pasos al frente!

LEBRA. *(Vacilando.)* Se hará lo que ze puea, zita emperatris.

EUGEN. Mirandola será mi azafata... ¿Quién sabe a lo que llegaremos las dos?...

MIRAN. ¡Huy, qué resaladísima que es!...

EUGEN. Y ahora la marcha imperial para que se sorprendan todos. ¡Ja, ja! ¡Qué caras tan tristes veo en mi reino!... Vamos, ¿qué hace usted ahí, tío Lebrato! ¡Toque!

LEBRA. Estaba pensando en que como uno no sabe der tó la marcha imperial, ¿no sería mejor una saeta?

EUGEN. Conforme... ¡Andando!

CONDS. ¡Pero, chiquilla!

EUGEN. Déjame, madre, si estoy contenta... ¡muy contenta!

LEBRA. *(Imitando el ruido del tambor y el clarín en los pasos.)* ¡Tan!... ¡Tan!... ¡Tan!... *(Canta con voz aguardentosa.)*

Aquí viene la zita emperatrí,
miraría cuánto portento...
de hermosura y sentimiento,
de hermosura y sentimiento,
pa jaserle a uno feli...
¡Ay, Virgen de las Angustias,
a ver si empiesa por mí!

(Vase Eugenia riendo, precedida del tío Lebrato y Mirandola, que se vuelve hacia el Duque con un gesto de gratitud. La siguen las muchachas que presencian la escena.)

ESCENA VI

La Condesa y *el Duque.*

DUQ. ¿Ves a qué poca costa?

CONDS. No la conoces; Eugenia tiene el espíritu muy cultivado.

DUQ. Y lleno de superstición. Por lo menos hoy, todo su pensamiento lo ocupará esa profecía. No puede sustraerse.

CONDS. Nos engaña, Jacobo... Desgraciadamente lo verás...

ESCENA VII

Los mismos y *Paquita.*

PAQUI. *(Entrando sorprendida.)* ¿Pero se ha vuelto loca Eugenia?

CONDS. Pues... ¿qué pasa?

PAQUI. ¡Qué sé yo! Ha hecho romper en baile a monsieur Merimée, asegurándole no sé cuántas cosas extrañas. Dice que va a ser reina.

DUQ. Y lo merece. Como mereces tú quedarte un poco más abajo.

PAQUI. Sabes que soy modesta. *(Mirándole apasionadamente.)*

CONDS. Ya cesó la algarabía. *(Inquieta.)* ¿Dónde está Eugenia?

PAQUI. ¿No te digo que abajo? Es que acaban de llegar don José Luis, el de Sevilla, y el Chiclanero.

DUQ. Pues ya estamos todos.

CONDS. Su alegría me tiene en constante inquietud.

PAQUI. Haces mal. Eugenia, aunque aparente familiar alegría, es tan juiciosa como altanera.

CONDS. ¡A quién se lo dirás!

PAQUI. Pero hoy es día de algazara, y ella disfruta y ríe... ¡Quién tuviera su genio! *(En este instante, el público ha de distinguir la figura de Eugenia que va a salir, pero se retrae, ocultándose para observar.)*

PAQUI. *(Al Duque.)* ¿Y tú?... ¿Qué me decías?

DUQ. Paquita, acabo de dar un paso decisivo.

EUGEN. *(Aparte.)* ¡Dios mío! ¿Qué dice?

PAQUI. ¿Tú?... ¿De veras?... ¿Y cuál?

DUQ. ¿Cuál ha de ser sino el que nos lleve a la dicha? ¿Te callas? *(Se ve a Eugenia llevarse el pañuelo a los ojos.)*

PAQUI. Es que no sé qué decirte.

DUQ. ¿Así estamos? Hace un momento...

PAQUI. ¿Cuándo acabaréis de conocer nuestro corazón? ¿Puedes dudar de mí?

DUQ. No; pero tu silencio es elocuente. Todo se arreglará.

CONDS. *(Acercándose.)* ¿Sufres por ella?

PAQUI. ¿Y por quién si no, madre mía? Entre nosotras, entre ella y yo, no caben secretos, y...

DUQ. Partiré; ya está decidido.

CONDS. Sí, hijo, sí; es necesario. A ella, a su vez, un nuevo viaje le quitará esta dulce ilusión que tuvo... *(Eugenia sollozo y se aleja en actitud de abatimiento.)*

PAQUI. *(Volviéndose con sobresalto.)* ¿Has oído?

DUQ. ¿Qué?

CONDS. Un sollozo.

PAQUI. Eso me pareció.

DUQ. *(Que lo registra todo rápidamente.)* Si no hay

nadie. Te responde su risa... *(Oyese, efectivamente, la risa de Eugenia.)*

CONDS. No sé, es un presentimiento que me ahoga... ¡No me la dejéis sola, por Dios!

DUQ. ¡Vamos, ea! ¡Extraña manía! *(Vanse todos, menos la Condesa, por la izquierda.)*

ESCENA VIII

Condesa, José Luis y *el Chiclanero.*

J. LUIS. *(Viste con traje campero de la época. Patillas, calañé, chaquetilla coria, con adornos y hombreras, camisa de cuello abierto, con corbata carmesí, faja lo mismo, pantalón ceñidísimo y botas vaqueras. Chiclanero viste lo mismo, pero con pañuelo bajo el calañé y otra chaquetilla al brazo. Entran por la derecha.)* ¿Hay licencia, señora?

CONDS. ¿Cómo, el amigo José Luis?

J. LUIS. Que se permita traer consigo al torero de más rumbo que pisa plaza.

CONDS. Bien venido. Viví tanto tiempo fuera de España...

J. LUIS. Que no te conoce, José.

CHICL. Yo a la señá Condesa, sí; por lo que oí jablá de sus jechuras y su rumbo...

CONDS. Se agradece, señor...

CHICL. José Reondo, el Chiclanero.

CONDS. Ahora, sí; su nombre me lo dijo la fama...

CHICL. Se estima a la fama y a usté, señá Condesa... De Chiclana soy como mi apodo dise... y a Madrí voy por más fama o por cornás, a torear con Juan León y Cúchares... Yo no quería venir a esta casa, ¡la verdá!... porque estas cosas atosigan...

CONDS. ¡Hombre de Dios! ¡Pues ya ve usted que no hay pena de muerte!

J. LUIS. A ver, dónde hay más gracia.

CHICL. Pero don José Luis se puso tan pesao, disién-

deme: "anda, que vas a ver una presona que quita el hipo".

CONDS. ¡Pero, José Luis!...

J. LUIS. Que no fué eso, Redondo, lo que yo te dije.

CHICL. Palabra más, palabra menos..., y don José Luis, por mi salú que se ha quedao usté corto, dicho sea con todo respeto, señá Condesa.

CONDS. Muy gracioso, muy gracioso.

J. LUIS. Perdóneme usted, señora.

CONDS. ¿De qué?... ¡Por Dios!

J. LUIS. Lo cierto es que al saber que estaban ustedes aquí, y perseverando en la devoción que siempre les tuve, dije: no quiero, ahora que voy a comprar a las hijas de Páez sus toros, que se quede la condesita de Teba sin lucir su garbo en la tienta. ¡Que tú no sabes, Chiclanero, lo que es la señorita Eugenia del Montijo: una gloria de Dios! Así es que cogiendo a la yegua y a éste, ya ve usted que todo lo pongo por su orden, me dije: "A Granada me voy...", y aquí estamos, yo y éste y la yegua. *(Oyese dentro vocerío. La Condesa se levanta alarmada y se asoma a la puerta.)*

CONDS. Perdón... ¿Qué sucede?

CHICL. Algo pasó, que gritan y corren.

ESCENA IX

Los mismos, Pepa, después *el Duque, Conde, Merimée, Eugenia* y dos *Criados.*

PEPA. *(Entrando precipitadamente y haciendo aspavientos.)* ¡Ay, María Santísima, y qué congoja!... ¡Ay, qué desolasión!

CONDS. ¡Dios mío!... ¿Qué es lo que sucede?

PEPA. ¡Ay, ay, señora!

CONDS. ¿Pero quieres hablar, mujer?

CHICL. *(A José Luis.)* ¡Que la pongan cejuela a esa mujé o no se oye er canto!

PAQUI. *(Entrando presurosa, emocionadísima y diri-*

giéndose a la Condesa.) ¡Ay, mamá!... ¡Mamá mía!... ¡Que desgracia!

CONDS. ¡Habla, habla, por Dios!

PAQUI. ¡Eugenia!...

CONDS. ¿Qué?... ¿Qué?... ¡Díme, Dios mío!... ¿Muerta?

DUQ. *(Que ha entrado después de Paquita)* ¡No, calma, calma!

CHICL. *(Aparte a José Luis.)* ¡Compare, a buena hora habemos llegao!

DUQ. Fué un pequeño accidente... Nada... Aquí la traen.

CONDS. *(Saliendo apresuradamente al encuentro de Eugenia.)* ¡Eugenia, Eugenia!... ¡Hija mía!...

PAQUI. *(Aparte al Duque.)* Pretendió matarse.

DUQ. *(Muy conmovido.)* ¡Calla!... ¿Estás loca?...

CONDS. ¡Dios mío!... ¡Qué susto!.. ¡Qué ansiedad!

MERIM. *(Que con el Criado trae a Eugenia desmayada.)* ¡Nada, Condesa, no se alarme!

DUQ. No me cree.

CONDS. *(Saliendo al encuentro de Eugenia e indicando un canapé.)* Aquí; póngala aquí... ¡Pero hija, pero hija mía!... ¿Qué es lo que ha ocurrido?... ¡Vayan a escape a avisar a un médico!

MERIM. No hace falta; ya vuelve en sí.

CONDS. *(Abrazando a su hija, acariciándola.)* ¡Oh, Eugenia, niña de mi alma!... ¡Luz de mis ojos!

CHICL. Ya se la ven, y son estrellas.

PAQUI. ¡Hermana, hermanita de mi corazón!

CONDS. *(Al Duque.)* Sepárate, que no te vea.

EUGEN. *(Volviendo en sí, fijando en todos los ojos asombrados.)* ¿Qué es esto?... ¡Mamá! ¡Paquita!... ¡Cuánta gente!... ¡Ah, sí, ya recuerdo!

CONDS. *(Al ver que Eugenia rompe a llorar.)* Llora, hija mía, llora.

PAQUI. ¿Pero, por qué, Dios mío?

EUGEN. *(Reaccionando rápidamente, sobreponiéndose y tratando de sonreír.)* Sí, es cierto... ¿Llorar, por qué?... Todo ha sido una travesura. Subí a lo alto de la gruta que corona la acequia...

PAQUI. *(Al Duque.)* Y se tiró para matarse.
DUQ. *(A Paquita.)* ¡Calla, calla!
EUGEN. Sufrí un mareo, y caí.
COND. Y gracias a un espino en que se enganchó su falda.
DUQ. Y a que tú llegaste a tiempo para recogerla. En honor de la verdad, te debe la vida.
EUGEN. Gracias, Conde.
COND. *(Al Duque.)* ¿Ves qué fríamente?...
EUGEN. Ea, amigo Próspero, ya pasó; no ponga usted esa cara. Lo que pudo ser no fué... ¡No estuvo de Dios! *(Fijándose en José Luis.)* ¡Ah, don José Luis!
J. LUIS. A sus pies, condesita. José Luis, que empieza a respirar después del susto que usted le dió.
CHICLA. Otro tanto digo.
EUGEN. Mil gracias, señor otro tanto.
J. LUIS. Es el Chiclanero.
EUGEN. ¡Ah! ¿El afamado lidiador?
CHICL. Eso dicen.
EUGEN. Pues queda usted emplazado para brindarme un toro.
J. LUIS. Ahora en Sevilla. ¿Irá usted?
EUGEN. ¡Digo! *(Volviéndose a los demás.)* ¿Pero qué hacen ustedes?... ¡Vamos!... ¡Venga risa y jarana!
CHICL. ¡Olé!
EUGEN. *(Asomándose a la puerta del jardín.)* ¡Ea, todos aquí! Mirandola, tío Lebrato...

ESCENA FINAL

Los mismos, Mirandola, tío Lebrato y todos los invitados.

(Todos van colocándose en la misma forma en que estaban al levantarse el telón.)
LEBRA. *(Coge su guitarra, y Mirandola canta la copla que sigue, jaleada por todos.)*

MIRAN. Llama a la posada, niña,
que el posaero abrirá;
llama a la tierra que pises
y ella te contestará.
Pero al corasón que jieres
nunca vuervas a llamar,
que se ha perdío la llave
que a ti te querían dar.

CHICL. ¡Olé tu mare!

J. LUIS. ¡Viva la gracia! *(Aplausos, bullicio. Eugenia, del brazo de su madre, ha ido apartándose del grupo y, aparte, sostienen el siguiente diálogo.)*

EUGEN. Pero, mamá, si no finjo. Si estoy contenta, muy contenta.

CONDS. Pretendes engañarme, pero es inútil, hija mía. *(Al ver que Eugenia rompe en sollozos y busca refugio en el pecho de su madre.)* ¿Lo ves?... ¡Niña adorada!... ¡Llora, sí, llora no demasiado! Nada en el mundo, no siendo el ser madre, merece un llanto de mujer. *(Acentúase el bullicio de la juerga; baila Mirandola.)*

TELÓN

ACTO SEGUNDO

La corona de brezos.—En el castillo de Compiègne.—1852.

Salón llamado de las Flores. Dorados sillones estilo Luis XVI. Al fondo, un gran espejo simulando una puerta en arco, y a uno y otro lado de este espejo, dos artísticos maceteros con frondosos brezos. En el ángulo del foro y el lateral izquierda, dos puertas gemelas. En la parte central de cada muro otros grandes espejos, con chimeneas y pantallas y sobre las chimeneas preciosos relojes y jarras de Sèvres. Pendiente del bordado techo, una araña monumental. En los entrepaños, tapices orlados por magníficas grecas. En lo alto de los muros, caprichosos bajorrelieves con

figuras mitológicas. Un intenso rayo de sol penetra por el lateral derecho, donde se abren las ventanas que dan al jardín, iluminando profusamente los dorados muebles, cuyas fundas acaba de quitar el viejo Legarde, a tiempo que aparece por una de las puertas gemelas el señor Renato de Artié, conservador del edificio. Es una mañana de diciembre de 1852. El señor de Artié viste según la moda de los tiempos de Luis Felipe: frac verde oscuro, chaleco blanco, pechera de encaje, calzón gris y altas botas. Los cabellos, más bien cortos y alborotados por las sienes. Legarde es un viejecito ochentón, muy bien conservado, en el que se adivina al impenitente servidor de la casa borbónica; todo su aire es el de un Laporte o el de un Clery. Diríase que echa de menos la antigua peluca sobre sus indefensos cabellos blancos. Viste una vieja librea del primer Imperio, del color napoleónico, el verde, con calzón y medias blancas.

ESCENA I

Renato y *Legarde.*

RENA. *(Mirándole desde la puerta y con aire contristado como el que lamenta la repetición de olvidados sucesos.)* ¡Otra vez, amigo Legarde!

LEGAR. Sí, otra vez a quitar las fundas y a decir a estos viejos sillones: "Amigos míos, volvéis al guardamuebles para que ocupen vuestro lugar las advenedizas, las sillas de caoba, chatas y patiabiertas, del primer Imperio. ¡Qué queréis, amigos muebles! Los hombres insisten en pensar que lo que viene es lo mejor".

RENA. Paciencia, Legarde. Muchas cosas viste.

LEGAR. ¡En setenta y dos años!...

RENA. Por eso, ¿qué te importa una más?

LEGAR. Pero lo seguro es que nosotros estábamos muy tranquilos en nuestro pabellón de la servidumbre, y ahora...

RENA. ¿Quién lo duda?

LEGAR. Usted era el amo en este viejo castillo de Compiègne...

RENA. Hasta cierto punto.

LEGAR. ¿A quién daba usted cuentas?
RENA. A Dios, hijo, a Dios.
LEGAR. Aullaba en París la República y nosotros en nuestra paz, y ahora nuevo señor, nuevos caprichos y nuevas inquietudes.
RENA. *(Bajito.)* Pero... ¡qué señor, amigo Legarde! ¡Qué distinto del otro!... ¿Te acuerdas?
LEGAR. ¡Vaya! Como me acuerdo todavía de los tacones rojos del señor duque de Richelieu, sobre este barnizado piso. ¡Qué tiempos!...
RENA. ¡Y qué comparaciones, Legarde! En fin... siéntate. Seamos reyes y emperadores en este minuto de espera.
LEGAR. ¡Imposible, señor Renato!
RENA. Tienes derecho por tu edad.
LEGAR. Pero aún tengo más respeto a las sombras reales.
RENA. Chocheas...
LEGAR. Puede ser. En este mismo sitio en que estáis se sentó nuestra señora María Antonieta... un minuto... sólo un minuto... frente al caballero Dillon, colocado respetuosamente en pie, en este mismo sitio. Pues, ¿lo creeréis? Aquel minuto, aquel solo minuto, bastó para que se tramara contra ella una infame calumnia. ¡Triste vida la de los reyes!
RENA. *(Levantándose apresuradamente.)* Escucha, ¿no oyes?
LEGAR. Algo... Estoy un poco sordo... Trompas lejanas.
RENA. ¡Ellos son! ¡Dios mío! ¡Nos hemos descuidado!

ESCENA II

Dichos y el *Criado.*

CRIAD. *(Que aparece rápidamente.)* ¡Señor Renato!
RENA. ¿Qué hay?
CRIAD. Que ya vienen. Un coche acaba de entrar en el parque...

RENA. *(A Legarde, que se apresura a recoger las fundas.)* Vamos, viejo. *(Al Criado.)* Tú, avisa a los otros.

CRIAD. Ya están al pie de la gran escalinata.

RENA. Bueno, perfectamente. Por esta vez hemos triunfado. *(Vanse Legarde y el Criado. Oyese un gran burdel, risas, voces, campanilleo. Entra el señor de la Chesnaye, aposentador mayor del palacio. Extravagante y atildado viejo a quien nunca se le olvida llevar como una condecoración su llave de oro de Chambelán. Cabellos blancos, partidos por una raya junto a la sien, cayendo en engomada aristocrática melena. Bigote fino de exageradas guías en sentido horizontal y una perillita muy corta. Lleva indumento de camino, frac abrochado, calzón y botas altas, elegantísimas, que dejan columbrar las sutiles piernas.)*

ESCENA III

Renato y *La Chesnaye.*

CHESN. *(Con aire falso, volviéndose en todas direcciones.)* De modo que sois el conservador.

RENA. Para serviros. *(Inclinándose profundamente.)*

CHESN. ¿Está todo dispuesto?

RENA. Ya lo ve vuestra excelencia.

CHESN. Bien; quiero que Su Majestad quede satisfecho de mí.

RENA. Hubo que improvisar... no sabíamos nada...

CHESN. Los servidores de Su Majestad no deben saber nada...

RENA. Bien, señor.

CHESN. Para eso están las inteligencias superiores de los que ejercen altos puestos.

RENA. Muy bien, señor.

CHESN. ¿Os ocupasteis de las viandas?

RENA. Hasta que la superior inteligencia de vuestra excelencia disponga...

CHESN. ¡Cómo?... ¿No sabéis que se come?

CHESN. Sí, pero no lo que se come. Aún ignoro los gustos de Su Majestad imperial.

CHESN. No os preocupéis. Por fortuna, mi solicitud lo previno todo... Mas preparad el servicio de vajillas y mesa. ¡Que entren aquí los invitados! *(Medio mutis.)*

RENA. ¡A las órdenes de vuestra excelencia! *(Aparte.)* Ente más ridículo no pisó este palacio.

CHESN. *(Volviéndose.)* Decíais...

RENA. Nada, señor.

CHESN. Barón de La Chesnaye... ¡Debiérais conocerme!

RENA. Tengo el honor de recordar a vuestra excelencia, que hasta hace seis días no fué proclamado el Imperio, ni se conocieron los nombres para los altos cargos...

CHESN. *(Con aire picaresco.)* Nosotros, sí.

RENA. ¡Ah! *(En son de deferente evasiva.)*

CHESN. Nosotros lo sabemos todo. *(Vanse. Primero el Chambelán, después Renato, haciendo gestos, pero no sin que el Barón se vea detenido a la puerta por un petimetre que le dice con grandes aspavientos.)*

ESCENA IV

La Chesnaye, Chandelier, después *la Duquesa, la Marquesa* y *la Condesa.*

CHAND. ¡Hola, Barón! ¿Os peinasteis por el camino? *(Mirándole con el monóculo.)*

CHESN. ¡Felices, señor de Chandelier! Con vuestra venia y vuestra sátira, me voy.

CHAND. ¡Id!... con mi respeto. *(Inclinándose.)*

CHESN. Estoy ocupadísimo. *(Entran la Duquesa de La Brièe, la Condesa de Lanvol y la Marquesa de Montebello.)*

CHAND. ¡El pobre! Ya estamos en nuestros lares, Duquesa.

DUQS. *(Sentándose.)* ¡Ay, gracias al cielo!
CHAND. No negaréis que el viaje fué divertidísimo.
MARQS. Y rápido.
CHAND. Ya he visto tu cupé doble suspensión.
MARQS. ¿Es nuevo?
CONDS. Sí, lo compró papá hace unos días... Compró el cupé y el tronco, cuando supo la feliz nueva. ¡Si el otro era un escándalo, todo el mundo lo conocía ya!...
DUQS. Claro... a fuerza de tiempo...
CONDS. Y luego que nos llamaban los marqueses del "Cloc, cloc", por el pavoroso ruido que al trotar levantaban nuestros viejos caballos.

ESCENA V

Los mismos y *Callerghis.*

CHAND. ¡Hola, mi coronel!
CALL. *(Que viste uniforme de coronel de Húsares.)* Os traigo felices impresiones. He hablado con el Emperador.
CHAND. Vuestro amigo de siempre.
CALL. Mi gran amigo; mi compañero inseparable en aquellos días de Londres, cuando desterrados él de su patria y yo de la mía, nos unió fraternalmente el infortunio.
DUQS. No diréis que ha sido ingrato a esa amistad.
CALL. ¡Nunca podré pagarle! No sólo ha tenido la bondadosa ocurrencia de acordarse de mí, sino que me ha colmado de honores y me distingue con su más íntima confianza.
DUQS. ¿Y esas felices impresiones?
CALL. ¡Ah, sí! Ahora puede afirmarse que el Imperio vuelve a su antigua suntuosidad, renaciendo los brillantes días de la Malmaison.
DUQS. Pero..., naturalmente, suntuosidad más mundana.
MARQS. Sí, nuestro señor es menos austero que su tío.
DUQS. Vuelven las animadas fiestas de Saint-Cloud, los bailes clásicos de los miércoles...

CONDS. ¿En las Tullerías?
CHAND. ¿Dónde han de ser?
MARQS. Y con ellos el esplendor de la sala de los Mariscales.
DUQS. Pero me parece que se va a abrir mucho la mano en las recepciones futuras...
MARQS. Y el Emperador hará muy mal.
DUQS. Sólo debe admitirse a lo más floreciente de las aristocracias. *(Dirigiéndose a Chandelier.)* Aunque se ría vuestro amigo Próspero Merimée.
CONDS. *(A Callerghis, con el que está hablando durante el discreteo anterior.)* Coronel, estáis inquieto... ¿a quién esperáis?
MARQS. Sin duda a quien esperan todos abajo... ¿No los visteis convertidos en papanatas?
DUQS. ¿A quién ha de ser sino a la condesita de Teba?
CALL. La linda española que hace idólatras en todas partes...
DUQS. Puede...
CHAND. Una gentil andaluza llena de distinción y de gracia.
CONDS. ¡Cuánta exageración!...
DUQS. Dejaremos que se despachen a su gusto.
CHAND. Conviene a nuestros inviernos parisinos esa flor del sur que abre al azul del cielo su hermosura.
CONDS. ¡Un gran tema para d'Avigny!
CALL. Tratándose de la señorita del Mentijo, cualquiera resulta poeta.
DUQS. ¿También vos?
CALL. ¿Y por qué no, señora? La joven condesa es un ángel.
CONDS. Que trae muy maduro su plan.
CHAND. Que trae su distinción suprema, y la luce. Es la gala de los Campos Elíseos y de las noches de la Opera.
CALL. Aubert le ha consagrado un himno...
CHAND. Y Strauss una marcha triunfal.

CONDS. ¡Oh, hasta, por Dios!... ¡Qué explosión de alabanzas!

MARQS. ¡Estos hombres están fuera de sí!

CHAND. Y con motivo. No me negaréis que en los salones aristocráticos se la disputan... En casa de los Rothschild, reina.

CALL. *(Aparte, llevándose la mano al corazón.)* ¡No sólo allí!

CHAND. Lo sabemos todos, y vosotras más, ¡pérfidas incautas! Vosotras que, aunque os hagáis las indiferentes, copiáis su elegancia divina.

CONDS. ¡Si hasta que ella vino no hubo moda en París!...

CHAND. ¡Y ahora hay más con ella!

CONDS. Eres un montecato.

CHAND. Eso no quita para que tú misma, viéndola pasar en su carretela a la Gran Doumont, destacando en rubio perfil sobre el fondo lila del coche, exclamaras, dejándote arrebatar por una de esas sinceridades que en ocasiones ennoblecen los labios femeninos: "¡Oh, verdaderamente es una diosa!"

DUQS. Miel andaluza.

CONDS. Para los golosos.

CALL. Y para los que hablando de esa señorita sepan endulzar el respeto.

CHAND. ¡Amigo Callerghis!...

CALL. Sí, tenéis razón. *(Apartándose del grupo y dirigiéndose a una de las ventanas, por la que mira, dando singulares muestras de impaciencia.)* ¡Tente, alma!

ESCENA VI

Los mismos, Baronesa y *Caballeros 1.º* y *2.º*

BARO. ¿De qué hablan ustedes? De la españolita, como si lo viera. ¡Me atufan la mamá y la niña!

DUQS. ¡Guerra a los invasores! ¿Estamos conformes?

BARO. Todas, sí.

CHAND. Todos, no.
CONDS. ¡Pero estos hombres son insoportables!... ¿Queréis decirme qué hacen aquí esas extranjeras?... ¿A qué vienen?
DUQS. Pues a cazar... ¿No venimos a eso a Compiègne? *(Las damas ríen.)*
CALL. ¡Silencio! ¡Ellas vienen!

ESCENA VII

Dichos, Eugenia, Condesa del Montijo, Duque de Osuna y Merimée.

(Aparecen la Condesa del Montijo, Eugenia, el Duque de Osuna y Merimée. Eugenia viste traje de campo, falda de gran vuelo rameada, con innumerables y graciosos volantitos, corpiño ceñido al espléndido busto; chal y el sombrero de pastora de anchas alas caídas sobre el rostro y de las que pende ancha cinta.)
C. MON. *(Viendo a las damas que se han apresurado a hacer corro, juntando los sillones, como para hacerla sentir su desprecio... Los hombres acuden solícitos a saludarlas. A Eugenia.)* Mujer, ¡no te rías!
EUGEN. Pero mamá... si este Merimée está graciosísimo. ¿No te has fijado?...
CALL. Os esperábamos impacientes, señora...
EUGEN. ¡Oh, el coronel! Os dejasteis arrebatar por el fuego de vuestro caballo...
CALL. Quise traer la feliz nueva de vuestra llegada.
EUGEN. ¡Muy galante!
CHAND. Permitidme someteros mi saludo. Eugenia, estáis bellísima.
EUGEN. Resentida con vos.
CHAND. ¿Conmigo? Reñidme para apresurarme a rectificar mi conducta.
EUGEN. El otro día prometisteis llevarme a casa de Greville, a D'Avigny y a Víctor Hugo.
CHAND. ¿Víctor Hugo en el palacio de Greville?... ¿Pe-

ro no sabéis el trastorno político? Hugo ha sido desterrado...

C. MON. ¿También alcanza la política a la poesía?

CHAND. Si la poesía se hace intrigante, ¿por qué no? En cuanto a D'Avigny dice que os presentará sus respetos cuando os lleve sus mejores estrofas.

EUGEN. Decidle mi impaciencia. *(A las damas.)* Señoras...

OSUNA. *(Adelantándose hacia ellas al mismo tiempo.)* ¡Hola! Veo que nos habéis adelantado. *(Todas se levantan, la Duquesa se dirige a Osuna como si no hubiese notado el movimiento de Eugenia.)*

DUQS. Señor embajador...

EUGEN. *(A su madre, y refiriéndose a las mujeres.)* ¡Intratables!... ¿Qué hago, mamá, les pego, o me río...? *(Haciéndolo.)*

C. MON. Eso último no hay que recomendártelo.

DUQS. *(A Osuna, alto, para que lo oigan aquellos a quienes quiere zaherir.)* Sí; os precedimos a pesar de vuestros caballos rusos. ¿Son del Emperador?

OSUNA. Son de mi propiedad, pero os los doy, si os gustan.

DUQS. Sería demasiado.

C. MON. *(Aparte.)* Eso creo.

DUQS. Y además perjudicaría quizá a estas señoras...

OSUNA. ¡Oh, ellas tienen famosas cuadras!...

C. MON. Que están a vuestra disposición, Duquesa.

EUGEN. Perdonadme... Es fatal memoria la mía... No logro retener vuestro título.

DUQS. Pontecorvo...

EUGEN. Italiano, ¿verdad?

C. MON. Y reciente. Del primer Imperio, sin duda.

DUQS. Cierto, Condesa.

C. MON. Entre los nuestros hay algo de Italia también. Portocarrero.

DUQS. ¡Oh, muy corriente, muy corriente en Italia!

C. MON. ¡Nobleza antigua, muy antigua!... Pero... os

interrumpí, señora... ¡Continuad, por Dios!... ¿Qué hermoso tiempo, eh?

DUQS. Primavera en invierno. *(Aparte.)* Ya me vengaré.

OSUNA. *(A Eugenia.)* Pues si creí que os conocíais. Condesa de Lambal... la condesa de Teba.

EUGEN. Muchísimo, sí. Nos hemos encontrado bastantes veces en las fiestas de la República. Pero ella no recordará... ¡claro! ¡No me recuerda!

DUQS. Efectivamente, os vi... alguna vez.

EUGEN. Ahora cae.

CONDS. Sí, ahora caigo... Llamabais la atención por vuestra elegancia.

OSUNA. Y por su hermosura.

EUGEN. Sois bondadosísima, señora Condesa. Creed que para llamar la atención no hacen falta esas dos cualidades... Espero tener la alta honra de ser vuestra amiga.

CONDS. ¡Voy!... ¡me llaman! Osuna, con vuestra licencia...

EUGEN. ¡Viste qué desaire!

OSUNA. Perdónala, ¡pobre mujer! ¡Quizá por la falta de costumbre se le ha rebelado la cortesía!

MERIM. *(Acudiendo solícito a Eugenia al verla inclinar la frente.)* ¿Qué te sucede, Eugenia?

EUGEN. ¡A mí... nada, maestro! Ya sabéis mi eterno estribillo. ¡Estoy contenta, muy contenta!

MERIM. ¡No, me engañas! ¡La envidia ruin! ¡La envidia perniciosa! ¡Cuanto mortal veneno encierran los muros de estos palacios!

C. MON. *(A su hija.)* ¿Y eso te asusta?

EUGEN. Ya te rogué que no viniéramos...

C. MON. ¿Y qué podíamos hacer? ¿No sabes con cuánta solicitud nos requería? A los soberanos no puede desairárseles nunca.

ESCENA VIII

Dichos, La Chesnaye y *el Emperador.*

CHESN. *(Desde la puerta.)* Señores... ¡El Emperador! *(Napoleón III viste elegante traje de caza.*

Es serio a veces, afectuoso en ocasiones; al andar se balancea ligeramente. Su fisonomía es conocida de todos. Cabello negro y melena corta; raya a un lado, bigote tendido largo y sin rizar hacia arriba y perilla recogida y en punta.)

NAPOL. Lo siento, señores. Me hice esperar. No fué mi impaciencia la que rigió mi carruaje.

TODOS. *(Inclinándose.)* Señor...

NAPOL. Bien venidos todos. Acordaos de que Compiègne no es las Tullerías. Gozad de las delicias que ofrece el campo en este día espléndido. Gracias, señoras, por la honra que nos dais.

DUQS. Mucho nos enaltece la que Vuestra Majestad nos dispensa.

NAPOL. La Chesnaye os acompañará.

CONDS. *(A la Baronesa.)* ¿Qué tal? Ya nos despide.

CONDS. Nos trajo de ilustres figuronas.

DUQS. Como que su primera mirada fué para ella. ¡Oh, mucho ha de pesarnos esta restauración!

NAPOL. La Chesnaye, un momento.

CHESN. Señor...

NAPOL. Como el día es propicio y hasta mañana no empezaremos nuestra cacería, me parece lo más a propósito almorzar en el campo. La idea no es protocolaria, pero creo que merecerá la aprobación de todos.

CHESN. Señor, no lo dudéis.

NAPOL. Nada os pregunto, La Chesnaye. ¿Qué os parece, señor Duque de Osuna?

OSUNA. Señor, mis deseos seguirán con gusto la proposición de Vuestra Majestad.

NAPOL. ¿Y a vos, señora Condesa del Montijo? Hay que empezar por los huéspedes que nos honran.

DUQS. Sí, nosotras somos de casa.

NAPOL. *(Gravemente.)* De la casa del Emperador.

CHAND. *(A la Duquesa.)* ¡Imprudente!

C. MON. Señor, sólo me cumple seguir vuestras iniciativas.

NAPOL. Condesa, tengo compromisos sagrados con

vos. Vuestro esposo vertió su sangre por la causa. Ya veis que no lo olvido. Nada de etiqueta, señores. Recorramos los jardines y el parque. Aquí somos amigos todos. Señor de Merimée...

MERIM. Muy agradecido al requerimiento de Vuestra Majestad.

NAPOL. Que es vuestro camarada. Ya conocéis mi idolatría por las letras.

MERIM. Y los frutos de vuestra inspiración. "La paz y la guerra" es un volumen de selectísima lectura.

NAPOL. Gracias. Echo de menos a los disidentes, a Hugo, a De Musset. *(La Chesnaye imita con sus muecas a los que dialogan.)*

MERIM. Disidentes de credo y no de corazón...

NAPOL. De ambas cosas. Forzoso es resignarse. Condesa de Teba, ¿me honraréis aceptando mi brazo?

EUGEN. *(Dándole el brazo cohibida.)* Señor...

NAPOL. *(Bajo a ella entusiasmado.)* Humilde y bella como siempre.

BARO. *(A la Duquesa.)* ¿Veis? Ya tenemos favorita.

DUQS. Aún no.

CONDS. Hay que unirse. Hay que derribarlas.

BARO. Eso es cuestión de los libelistas.

DUQS. Es preciso que corra como la pólvora por París. Coronel, ¿queréis ser mi caballero?

CALL. No sé qué dijisteis de pólvora...

DUQS. Sí, pero no era por vos. Estad tranquilo. *(Salen todos. Cada caballero da el brazo a una dama, quedándose los últimos La Chesnaye y la Baronesa, que hacen un mutis cómico.)*

ESCENA IX

Renato y Legarde.

LEGAR. ¿Conque decís que es ésa?

RENA. Sí, Legarde, sí. El Emperador está enamorado. Acaban de decírmelo.

LEGAR. Poco pueden mis ojos, pero aún sirven para admirar tanta hermosura.

RENA. Es una espléndida beldad.

LEGAR. ¡Y qué dulce y simpática! Nadie paró mientes en mí... Ella, al verme, se detuvo. Su voz de golondrina refrescó mi vejez... "¡Pobre viejecito! —exclamó—, ¿leváis mucho tiempo en Compiegne?" Toda la vida, Alteza. "Entonces—repuso—habréis conocido..." No se atrevió a completar la frase... Guardó silencio, entregándome esta onza de oro de España, que guardaré mientras Dios me conserve.

RENA. ¿Y adivinasteis el objeto de la pregunta?

LEGAR. Sí; la reina mártir, María Antonieta, de quien ella es copia y retrato.

RENA. Venid, venid, Legarde. El Emperador vuelve. *(Mutis de los dos.)*

ESCENA X

Eugenia y *Napoleón.*

NAPOL. Sí, perdonad, todo fué un pretexto. Viaje y cacería. Necesitaba hablar con vos.

EUGEN. Pero, ¿y mi madre, y los demás, señor? Si notan mi ausencia...

NAPOL. ¡Qué importa!

EUGEN. A mi decoro, mucho.

NAPOL. Halle al fin la palabra, dulce servidumbre en los labios, para deciros lo que ya no puede callar. Todo lo que os confesaban mis ojos y supo adivinar vuestra condición de mujer.

EUGEN. Señor, me dejáis confundida. Aun imaginándome, como decís...

NAPOL. Nos hallamos solos, Eugenia. Si el respeto pone trabas a la sinceridad, miradme como os miro para que podáis ver el alma del hombre que adora.

EUGEN. ¡Con amor imposible! ¡Siempre es así la vida!

NAPOL. Imposible decís, porque no ha de rendírsele vuestra soberbia nunca...

EUGEN. En el que no cree mi discreción. Si el Presidente de la República francesa me hubiese dicho hace algunos días: "¿Queréis ser mi mujer?", hubiera consultado con mis dudas, poniendo mi corazón de sobrepeso.

NAPOL. Luego... ¡me amáis, Eugenia!

EUGEN. Hoy, todo ha cambiado, señor. Sois un elegido y los tronos exigen alcurnias, no corazones ni almas.

NAPOL. Pero... ¿no me ofrecisteis toda vuestra fortuna para conseguir esta restauración? ¡Eugenia! *(Apasionado, confuso.)* ¿Qué dije?... ¡Palidecéis? ¿Tan malaventurado soy que Dios sólo me concede la palabra precisa para ofenderos?

EUGEN. Señor. No entiendo de negocios ni compro bodas reales.

NAPOL. ¡Oh, perdonad! ¡Alma inmensa! ¡Alma digna! Amor es torpeza, efusión, ¡locura!... ¡Quien amando no divaga... no sabe amar! *(Arrancándola una hoja de trébol, que ella, al salir, traía en la mano, haciéndolo ver del público.)*

EUGEN. ¿Qué hacéis?

NAPOL. Robaros esta hoja de trébol humilde como vos y que en vuestros dedos me ha sonreído como una esperanza. ¡Vedla! El calor de vuestra mano no ha podido secar sus gotas de rocío... *(Yéndose hacia el foro y llamando.)* ¡La Chesnaye! ¡La Chesnaye! *(La Chesnaye se presenta en seguida.)*

EUGEN. *(Aparte.)* ¡Qué intentará!...

ESCENA XI

Dichos y *La Chesnaye.*

CHESN. Señor...

NAPOL. *(Sorprendido de la prontitud.)* ¿Qué hacéis aquí? ¿Escuchabais?

CHESN. He calculado la voz de Vuestra Majestad en cada caso y... me he puesto a tono.

NAPOL. Volveréis inmediatamente a París.
CHESN. ¿Yo?
NAPOL. Vos.
CHESN. Bien, señor.
NAPOL. Ya en París, buscaréis un joyero, que de aquí a mañana reproduzca en esmeraldas esta hoja, y en diamantes, estas gotas que veis aquí...
CHESN. Señor... Es que...
NAPOL. *(Irritado.)* ¿Vaciláis?
CHESN. Es que después de las revoluciones no se encuentran joyeros que sirvan con tanta rapidez las órdenes de los soberanos.
NAPOL. *(Con burlona calma.)* Tenéis razón. Tal vez sea más difícil hacer una joya que un Chambelán. Porque un Chambelán lo hago yo en diez minutos.
CHESN. ¡Oh, Sire!... Vuestra Majestad será servido. Al instante, al instante voy... pero yo ruego a Vuestra Majestad que no tome ninguna decisión hasta que vuelva con la joya. *(Aparte y mirando con disimulado encono a Eugenia.)* Y todo, por... *(Inclinándose profundamente.)* Señor... Señora... *(Vase.)*

ESCENA XII

Dichos menos *La Chesnaye.*

NAPOL. *(Volviéndose al lado de Eugenia.)* ¡No es el Emperador, Eugenia! Es el pobre desterrado de Londres quien se dirige a su bella desconocida, ¿os acordáis? *(Tomándole una mano.)*
EUGEN. ¡Sí, me acuerdo, me he acordado muchas veces de vos! Os vi pálido... sin esperanza; interesasteis mi corazón de niña..., y luego..., la voz de la casualidad me dijo: "Ese, ése es el pretendiente al trono de Francia."
NAPOL. ¡Oh, sentaos, oiga yo con deleite la música divina de vuestra palabra...!
EUGEN. Y os recordé con melancolía, ¿a qué negarlo?

NAPOL. ¿Sin que la sombra de otro amor borrara mi imagen?

EUGEN. ¿Qué corazón se alza sin amarguras en el cáliz de nuestra vida?

NAPOL. Luego, amasteis...

EUGEN. Creí amar.

NAPOL. Os disculpo. La admiración os acecha siempre.

EUGEN. *(Con desprecio.)* ¿Y qué?

NAPOL. Repetidme esa frase con vuestra voz de plata. ¡Que yo la oiga sonar a mi oído!

EUGEN. *(Levantándose.)* Basta, señor. Estáis comprometiéndome.

NAPOL. Pero... ¿cuándo?... ¡Dios mío!, ¿cuándo expresar lo que siento? ¡Decidme que me amáis!

EUGEN. Y bien... Si os lo dijera....

NAPOL. Haríais de mí el hombre más feliz del mundo.

EUGEN. ¡La exaltación del momento! ¡Las mismas palabras! Reportaos, señor. La dama os lo impone. ¡La mujer os lo ruega! Pero ¿no veis? ¿No sabéis adivinar?

NAPOL. ¿Y si me equivocara?

EUGEN. Los reyes dependen de la razón de Estado.

NAPOL. Los hombres, de la razón suprema.

EUGEN. Sangre de reyes tengo, pero no puedo compartir con vos el trono de Francia.

NAPOL. Y ¿quién lo impedirá?

EUGEN. Mi criterio. ¡Una suprema ley!

NAPOL. No tenéis compasión.

EUGEN. Las bodas reales se hacen de trono a trono... ¿Qué queréis?, ¿que los maldicientes de vuestra Corte digan que vine, solapada griseta, a buscar vuestro favor, y luego vuestra mano? Analizad vuestros sentimientos, el fondo de la pasión que me pintáis.

NAPOL. ¡Inacabable, eterna! ¡Os lo juro!

EUGEN. A la mujer... pero no a la esposa.

NAPOL. Al ser excepcional, cuya dulzura embriaga, y cuyo talento cautiva. *(Enardeciéndose por momentos.)* ¡Eugenia! ¡Ya no pueden asomar a mis labios las disculpables mentiras de los

años mozos! Yo, Napoleón, el impasible, aspiro solamente a dar a mi pueblo una paz fecundísima, bajo la tutela de una esposa noble, que alegre mi hogar en el silencio de las venturas íntimas, siempre nuevas y deseadas por los reyes, por ser aquello de que más se les priva. Yo quiero que seáis mi esposa..., pero si esa razón de Estado a que aludís fuera la más fuerte... Entonces...

EUGEN. *(Grave, retirándose con augusto gesto.)* ¿Entonces?...

NAPOL. No podría pasarme sin vos, a pesar de todo, a no solicitar el beneficioso olvido de la muerte...

EUGEN. Permitidme, señor, que me retire.

NAPOL. ¡Oh, Eugenia, Eugenia! *(Queriendo arrodillarse. Eugenia lo impide.)*

EUGEN. No os arrodilleis. ¿Qué se diría del Emperador y de mí si alguien nos observase?... Padecería tanto vuestra dignidad como mi decoro. Además sería completamente inútil, porque veo con amargura que respecto de mí padecéis un error que me ofende.

NAPOL. ¡Perdonad, Eugenia!... ¡Os amo con delirio!... ¡Estoy loco! Disculpadme por la ardiente pasión que me inspiráis... ¿Cómo se puede llegar hasta vos?... ¡Decidme!

EUGEN. A mi corazón, por el respeto. A mi posesión, por el altar.

NAPOL. *(Reportándose de pronto.)* No lo olvidaré. Yo os lo juro.

ESCENA XIII

Los mismos, Legarde y el ministro de Estado, *Fould.*

LEGAR. *(Muy humilde.)* Señor... El señor ministro de Estado solicita la venia de Vuestra Majestad. *(Aparece en el umbral monsieur Aquiles Fould, ministro de Estado. Viste larga levita de gran*

vuelta, camisa de cuello escapado y lazo enorme; pantalón con trabilla. Cabello partido por la raya a un lado, patillas largas y estrechas y el resto del rostro afeitado. Napoleón se vuelve bruscamente y su aspecto afectuoso se trueca en altiva tiesura.)

NAPOL. ¡Cómo! ¿Vos en Compiègne, querido Fould? Vos y tan cerca del que os anuncia.

FOULD. Esto prueba, Majestad, que me trae un asunto urgentísimo.

NAPOL. *(Inclinándose ceremoniosamente ante Eugenia.)* Señora... os suplico que esperéis al Emperador un momento. Pasad, señor ministro. *(Fould, que trae una cartera bajo el brazo, se inclina gravemente ante Eugenia y sigue al Emperador por la primera puerta lateral inquierda.)*

ESCENA XIV

Eugenia y *Legarde.*

EUGEN. ¡Oh, qué enconada lucha, Dios mío!

LEGAR. *(Acercándose muy tímidamente.)* Señora... Señora...

EUGEN. *(Con leve sobresalto.)* ¿Quién me llama? ¡Ah, sois vos!

LEGAR. El viejecito con quien vuestra excelencia se mostró tan generosa.

EUGEN. ¿Qué deseáis, amigo mío?

LEGAR. Yo no debí atreverme... porque ¡es uno tan poco...!

EUGEN. ¡Hablad!... ¡No temáis!... ¿Lleváis muchos años en Compiègne, verdad?

LEGAR. A eso venía... Yo, señora..., por estar desde niño aquí he presenciado todas las revueltas y he conocido a la reina mártir.

EUGEN. *(Con vivísimo interés.)* ¿A María Antonieta? ¡Vos!... ¿Cómo era? Decidme... No sabéis lo que aprecio esa memoria... Era alta, esbelta, ¿verdad?

LEGAR. Era... así como vos, señora.

EUGEN. ¿Rubia?

LEGAR. Como vos. Muy rubia, muy bella, con idénticos ojos azules, con el gesto altivo que iba trocándose en bondadoso y dulce. Por eso os traje su retrato. *(Montrándole una miniatura.)* ¡Vedle, señora! Lo encontré aquí después de la primera revolución... ¡Era mi reliquia y la guardaba!, pero al veros... pensé en confiároslа... ¡Soy tan viejo ya!

EUGEN. ¡Gracias, gracias! ¿Cómo os llamáis?

LEGAR. Legarde.

EUGEN. *(Sonriendo e intentando darle una moneda.)* Tomad, Legarde.

LEGAR. *(Conmovido, humillado, retrocede.)* ¡Oh, perdonad!... Por esto, no.

EUGEN. *(Corriendo hacia él.)* ¡Perdón, perdón, viejecito mío!

LEGAR. ¡No sé si me ofendisteis!

EUGEN. Todos somos culpables de igual ligereza. *(Aparte.)* El también se equivocó conmigo. *(Contemplando el retrato.)* ¡Qué bella!... ¡Qué hermosa!...

LEGAR. ¿Verdad? El artista la copió muy joven, con esa cinta roja que era un presagio...

EUGEN. *(Contemplando la miniatura con honda emoción.)* ¡Oh, sí! ¡A veces los artistas parecen tener presentimientos fatales!... *(Como despidiéndole.)* ¡Vaya!... Pues la conservaré y os lo agradezco mucho, Legarde.

LEGAR. No, no me lo agradezcáis, señora. En cuanto vi a su excelencia pareció que un extraño impulso me decía: ¡Dale ese retrato! Ella sola es quien lo merece.

EUGEN. Id con Dios y acordaos de mí. *(Nerviosa, agitada.)*

LEGAR. *(Retirándose.)* ¡Qué buena parece, qué buena! *(Mutis.)*

EUGEN. ¡La gitana! ¡El abate del presagio! Aquel padre Boudinet que también me dijo: "Seréis más que reina", y a última hora este viejeci-

llo, de los cuentos de Grimm, que se me aparece con otro pronóstico en pintura. ¡Eugenia! ¿Qué ambicionas? ¿En qué confías? ¿Qué es lo que temes? ¿Bajo qué signo misterioso te ha puesto la fatalidad? ¡No esperes!—me dice mi ángel bueno—. ¡Espera!—me gritan mi curiosidad y mi corazón. No; no esperaré. ¡Que el Destino me busque! *(Corre hacia la salida a tiempo que entran la Duquesa y las damas.)*

ESCENA XV

Eugenia, Condesa del Montijo, Condesa, Duquesa, Baronesa, Duque de Alba, Duque de Osuna y Chandelier.

DUQS. ¡Ay, perdonad, Condesa! ¿Dónde vais con tal prisa?

EUGEN. En busca de mi madre.

CONDS. La dejamos en el jardín comentando el suceso.

EUGEN. ¿Un suceso? ¿Cuál?

DUQS. ¿Cómo? ¿No lo sabéis?

CONDS. ¡Pues si es ya del dominio público!

CHAND. *(Entrando con el Duque de Osuna y refiriéndose a algo que éste le ha dicho.)* Sí, tenéis razón, era conveniente esa alianza real.

EUGEN. Confieso mi ignorancia, señora.

DUQS. Pues que el Emperador se nos casa...

EUGEN. *(Inmutándose.)* ¡Que se casa el Emperador!

CONDS. *(Aparte.)* ¡Bien dió en el blanco!

DUQS. ¿Os sorprende, Condesa?

EUGEN. ¿A mí? Muy al contrario. Me parece naturalísimo.

BARO. ¡Ya!...

EUGEN. Justo es reconocer que el Monarca no ha procedido con mucha precipitación en el matrimonio. Y ¿con quién se casa? ¡Digo!... *(Dirigiéndose en tono alegre al de Osuna.)* ¡Si tenemos aquí al señor diplomático!... ¡Duque, danos noticias! Entera bien a estas señoras,

que tanto se interesan por la dicha del Emperador.

DUQS. Pero... Condesa, si nos acaban de decir que erais bonapartista.

EUGEN. ¡Acérrima! ¡Hasta un punto que no podéis imaginar! Por eso deseo saber quién es la elegida.

OSUNA. En cuanto vi entrar al ministro de Estado me lo figuré, porque ya se susurraba.

CHAND. ¿Qué, Duque? Nos tenéis en un brete.

OSUNA. Hay tres.

EUGEN. ¿Tres nada menos? ¡Hola!

BARO. *(Aparte a la Condesa.)* Finge bastante mal.

OSUNA. Una, la princesa sueca; otra, la princesa Matilde, su prima...

CONDS. ¿Y otra?

OSUNA. ¡Oh! Ese, como hubiera dicho Talleyrand, es mi gran secreto.

C. MON. *(Entrando con Merimée.)* Que voy a descubrir para que se satisfaga la apremiante curiosidad de estas señoras.

DUQS. Apremiante, ¿por qué?

C. MON. *(Irónicamente.)* ¡Ay, eso Dios lo sabe!

CONDS. ¡Lo que es por mí!...

EUGEN. Mi madre no se refiere a vos, de seguro...

CHAND. *(Aparte.)* ¿Batalla de damas? Retirémonos del campo de combate.

C. MON. El Soberano se une a la princesa Adelaida de Inglaterra.

BARO. Acertada elección.

EUGEN. *(Aparte a su madre.)* ¡Madre!... ¡Y eres tú quien!...

C. MON. *(A su hija.)* ¡Cállate! *(Alto a las demás señoras.)* Ya lo sabéis todo.

CONDS. Así debe ser.

DUQS. Una princesa real.

CHAND. Sí; las bodas del corazón nunca dejan de ser plebeyas.

C. MON. *(A Merimée, muy nerviosa.)* Merimée, digo lo que mi hija. Yo pego a estas mujeres.

EUGEN. Son víboras envidiosas.

DUQS. *(Imitando un acento gazmoño.)* Nada de Josefinas que vengan a ofrecer los granitos de sus cafetales antillanos, para cobrarse luego con todo...

CONDS. *(Muy intencionadamente.)* Quién sabe si alguna mojigata ridícula...

EUGEN. *(Muy alterada, a su madre.)* ¡No puedo, no puedo!

DUQS. ¿Qué os sucede, señorita?... Acaso...

EUGEN. *(A su madre.)* ¡Vámonos! ¡Vámonos de aquí, madre mía! No me condenes a este suplicio... ¡Me ahogo!

CHAND. ¡Silencio!... ¡El Emperador!

ESCENA FINAL

Los mismos, Napoleón y *Fould.*

NAPOL. *(A Fould.)* ¡Estoy decidido! Participádselo así a mi Gobierno. No aceptaré ninguna boda real.

DUQS. *(Aparte a las damas.)* ¡Dios mío!, ¿qué dice?

CHAND. ¡Silencio!

NAPOL. En asuntos del corazón quiero ser libre.

FOULD. Yo me atrevería a rogar a Vuestra Majestad una respuesta más meditada.

NAPOL. No he de cambiar de parecer. Estoy resuelto... "¡Je sui pris!" *(Napoleón vuelve la espalda a su ministro y se dirige hacia Eugenia.)* Condesa, ¿qué os sucede?

EUGEN. Señor, iba a pedir a Vuestra Majestad licencia para retirarme.

NAPOL. ¡Para retiraros!, ¿por qué?

EUGEN. Me siento fatigada y deseo volver cuanto antes a París.

NAPOL. ¿Volver a París, cuando acabamos de llegar a Compiègne? *(Volviéndose hacia la Condesa del Montijo.)* Condesa, inclinad el ánimo de vuestra hija a más lisonjeros propósitos.

EUGEN. Señor... ¡No estoy dispuesta a recibir agravios!

NAPOL. *(Irritadísimo, mirando a todos, y sobre todo a las mujeres.)* ¿Agravios?... ¿De quién?... ¡Agravios a vos!... ¿Y quién se atrevería? *(Todos, confundidos, inclinan la cabeza. Napoleón va hasta el fondo, arranca una ramita de uno de los maceteros, forma con ella una corona, y con voz pausada, amenazadora para los demás, suave y respetuosa para Eugenia, dice colocándole la guirnalda sobre la frente.)* ¡Eugenia del Montijo, Condesa de Teba, yo, Napoleón III, heredero del César, que fué el amo del mundo y ensordeció los aires con el ágil y poderoso vuelo de sus águilas, os suplico que alcéis la frente para recibir esta corona en espera de la que merecéis!... *(Volviéndose a Fould.)* Señor ministro, decid al Senado Consulto lo que acabáis de ver y de oír. *(Toma la mano a Eugenia y sale con ella entre la doble fila de damas, que doblan la rodilla en prueba de avergonzada sumisión.)*

TELÓN

ACTO TERCERO

La española, Emperatriz.

Una de las habitaciones de María Antonieta en las Tullerías. Una puerta a la derecha y otra a la izquierda, que comunica con las estancias íntimas de la Emperatriz. Balcón al fondo izquierda. El ángulo de la derecha se rompe en chaflán, en cuyo centro hay un gran arco con puertas de cristales transparentes, que da entrada a un salón lujoso o bella galería. En este arco y en las demás puertas, cortinajes descorridos. Muebles estilo Imperio. Entre ellos gran espejo sobre una consola, y en ésta, reloj, candelabros, porcelanas, etc. A uno de los lados de la estancia, un sillón con almohadones, y a derecha e izquierda de éste, algunas sillas y grupos de almohadones superpuestos, en los que han de sentarse las damas de la Emperatriz, cuando se reproduzca el cuadro de Winterhalter. Vitrina con objetos artísticos, cuadros, etcétera.

ESCENA I

Condesa de Lanval y *Duquesa de la Brié.*

CONDS. *(Junto a una ventana, como quien presta toda su atención a los ruidos exteriores. A la Duquesa de la Brié, que pasa impaciente.)* ¡Oíd, Duquesa!... El ensueño ya es realidad. La advenediza, Emperatriz. *(Músicas, y al decir esto, salvas lejanas de artillería.)*

DUQS. No sabéis perdonar, Cordelia.

CONDS. ¡Seremos como vos, que ante aquella exaltación ridícula de la extranjera...!

DUQS. ¡De la Soberana!

CONDS. Inclinasteis la frente...

DUQS. Como vos...

CONDS. Pero es que la misma actitud sirve para someterse y para meditar...

DUQS. Y vos meditasteis.

CONDS. Ciertísimo...

DUQS. ¿Y qué?... ¿qué lograsteis con vuestra rápida meditación?

CONDS. Odiarla más.

DUQS. Y venís a decirlo a su casa.

CONDS. Os lo digo a vos que tanto os burlabais de su gazmoñería.

DUQS. Basta, Cordelia. Si con echarme en cara mis burlas buscáis complicidades para ese odio inútil, no contéis conmigo. Yo prefiero una confesión a un remordimiento.

CONDS. Si esperáis algo... renunciad. La casa del Emperador está ya formada... Aquí sólo os aguardan nuevas humillaciones.

DUQS. Pues bien, las acepto.

CONDS. Yo no; yo quiero vengarme, vengarme hasta morir...

DUQS. ¡Ea! No seáis chiquilla. ¡Calmaos! Mirad que esos extremos de odio... podrían llevarme a términos de falsas deducciones, que deseo evitar.

CONDS. Seguid por ellas...

DUQS. *(Sorprendida.)* ¡Cordelia!... pero, ¿qué decís?... ¿Es posible? ¡Jesús, Dios mío! Yo, que hubiera sido capaz de inventar la malicia, no he caído en esto. Secreto lo llevabais, pero decid, hija, decid... ¿Desde cuándo sentisteis la herida?

CONDS. Desde que le vi... desde que supe...

DUQS. ¡Por Dios!... ¿Y qué visteis en él? Porque, ¡vaya!, me explico—y todas la hemos envidiado—, a la Vallière, ante Luis XIV, que dicho sea de paso, y sin el pelucón, debía valer bien poquita cosa, pero ante este cuarterón perilludo... y medio dormido.

CONDS. ¡Pues así es, amiga mía!...

DUQS. ¡Todo sea por Dios!... mas añadisteis, "desde que supe"... desde que supisteis, ¿qué?

CONDS. La burla que hizo de miss Rowles, con quien tenía pactado su matrimonio, y su ingratitud con lady Howard, a quien tanto debe...

DUQS. ¿Y os enamoran los hombres desleales y traidores?... Pues va a seros fácil la elección de marido, porque todos cojean del mismo pie... Pensad, amiga mía, serenad ese espíritu y ved que no es amor lo que sentís por el Soberano, sino envidia de ella, de la Emperatriz.

CONDS. Pudiera ser.

DUQS. Mal que os pese, mal que nos pese—os haré sin dificultad esta pequeña concesión—, tuvo hechizos bastantes para conquistar el corazón del Soberano.

CONDS. O habilidad... escuela de coquetería muy refinada.

DUQS. ¡Oh!, en eso no creo que seáis tan modesta que reconozcáis superioridad en la española... Pero callad, aquí llega la señorita de Larroche Lambert, su más íntima amiga. *(Aparece una joven bellísima, alegre, ingenua. Viste traje de corte.)*

ESCENA II

Dichas y la *señorita de Larroche Lambert.*

LARRO. ¡Buenos días Duquesa, y ahora sí que se puede decir felices! *(Momento de contrariedad en la Condesa.)*

DUQS. ¿Qué..., ha terminado ya la ceremonia?...

LARRO. Aún no. ¿Cómo no fuisteis, señorita de Lanval?

CONDS. Porque el caso es que...

LARRO. ¡Aunque hubierais estado de servicio nadie se hubiera fijado en vos!

DUQS. *(Aparte.)* Ni con campanillas.

LARRO. Ventajas de ser poquita cosa. Yo me escurrí entre el gentío inmenso, tomé un coche y vine a participaros mis impresiones.

DUQS. Que os agradecemos, ¿no es cierto, Cordelia?

CONDS. ¡Oh, muchísimo!

LARRO. ¡Qué preciosa estaba!

CONDS. Nuestra Señora, ¿verdad?

LARRO. Jugáis la palabra si os referís a la Emperatriz.

DUQS. Cordelia se refiere a la Catedral.

LARRO. ¡Brillantísima! Toda la fachada con magníficas colgaduras y las iniciales de los novios: L. E. y L. E., Luis y Eugenia. La gente hormigueaba por las calles; miles de rostros ávidos asomaban por entre las tropas que cubren la carrera, conteniendo difícilmente a la multitud, que no quiere perder detalle del soberbio desfile; el sol arrancando destellos cegadores a los áureos adornos de las carrozas, a los entorchados de mariscales y palaciegos, a las espadas, a las bayonetas. El templo engalanado, resplandeciente de luces, de uniformes, de sedas y de pedrería, y ante el altar de Nuestra Señora, el Emperador, solemne, conmovido, y la Emperatriz, bellísima en su palidez, bajo el velo nupcial, como una evocación del Dominiquino.

CONDS. Bueno; callad.

LARRO. ¿Es que os molesto?

DUQS. Es que... siente no haber estado...

LARRO. Os juro que cuando el Arzobispo de París alzó la diestra para bendecirles... la multitud, toda la multitud era un corazón que latía... En la mirada de los magnates españoles brillaba el orgullo...; en la de los nuestros, la admiración; la Condesa del Montijo lloraba, brotaban del órgano melodías deliciosas, y cuando el Prelado acompañó a los novios hasta la puerta, joya a propósito para encuadrar tanta hermosura, el momento fué indescriptible... Su rostro, radiante como el de una Virgen que se presentara al pueblo de París... y París, al verla...., prorrumpió en alaridos de entusiasmo: ¡Viva la Emperatriz!—gritaban frenéticos—. ¡Viva la Emperatriz!, gritaban todos... y me escapé y vine llorando... *(Al oír el grito de ¡Viva la Emperatriz!, Cordelia desaparece, dando visibles muestras de agitación y enojo.)* Os juro que estoy mala, Duquesa. ¡Viva la Emperatriz!

DUQS. Sí, hija mía, ¡Viva la Emperatriz! Decidme, ¿habéis oído hablar algo de las damas que se elegirán para el servicio?

LARRO. ¡Aún no se sabe! Sólo oí ayer que el Emperador, en el salón de mariscales, decía: "Quiero que las damas de mi mujer sean todas de notable hermosura. Una verdadera corte de la belleza." *(Al oír esto la Duquesa, corre hacia un espejo, se mira y dice.)*

DUQS. ¡Ah!... ¿Y no sabéis qué edad fijan para esa hermosura?

LARRO. Pues... mirad... no lo sé..., pero yo creo que harán la vista gorda...*(Oyese lejano repique de campanas, salvas de artillería y música.)* ¡Ya vienen, ya vienen! ¿Oís el griterío? ¡Las campanas! ¡La música!... ¡Qué feliz soy viendo que mi amiga de ayer, mi entrañable Eugenia... es ya Emperatriz!... ¡Qué alegre, qué hermoso es este día!

DUQS ¡Vamos a buscar a Cordelia! *(Vase.)*

ESCENA III

Entran varios *gentileshombres*. Después, *La Chesnaye*, de gran uniforme, luego el *Obispo de Nancy*, limosnero mayor de palacio; los generales *Saint-Arnaud*, *Vaillant* y *Magnan*, montero mayor. Después el *Conde Tascher de la Pajerie*, luego los *Príncipes Napoleón*, *Luciano Murat*, *Pedro Bonaparte*, *el Rey Jerónimo Bonaparte*, *el Duque de Cambaceres*, maestro de ceremonias; el Embajador español, *Marqués de Valdegama*. Luego las damas de la Emperatriz, a las que se reúne la *señorita de Larroche Lambert*. Después la *Condesa del Montijo* y, por último, *Napoleón* y *Eugenia*.

(Napoleón viste uniforme de general, con botas altas y lleva el collar de la Legión de Honor, que había pertenecido a Napoleón I. Eugenia, vestido de raso blanco lleno de encajes y una diadema de oro y brillantes, y en el pecho, debajo del remate del collar de perlas, la joya regalo del Emperador, simulando una hoja de trébol con gotas de rocío. En el momento de entrar en escena los Emperadores, se oyen salvas de artillería y suena en la próxima estancia el himno de la Reina Hortensia. El Príncipe Napoleón y los magnates civiles, de frac, con bandas y cruces. Las salvas deben sonar cuando ya se halla el cortejo en escena, pero cuando todavía no han salido los Emperadores. La aparición de éstos la señala la música. Napoleón aparece radiante, llevando de la mano a su mujer.)

R. JERO. Señores: Mis ojos, como los de la Historia, ven reproducirse los sucesos. Correspondió a mis veinte años, época feliz de la vida, el ser testigo de la coronación de mi hermano, el César; hoy, cuando mis pasos descienden y el sol que los alumbra, declina, presencio otra efemérides dichosa: La unión de mi Emperador y sobrino, con la elegida por su voluntad para el amor del hombre; con la elegida por Dios, para com-

partir el suplicio del trono, que las cumbres donde viven las águilas—y yo lo sé por triste experiencia—, allí donde sólo llegan confusamente los rumores del mundo, es donde tienen los rayos su atracción más segura. Pero hoy no es día de inquietudes: ¡Señor, Señora! *(Inclinándose ante ellos.)* Como jefe de la familia que soy, como Presidente del Senado francés, rindo el primero mi adhesión a los Soberanos, mi cariño a mis familiares. *(Se inclina gravemente al pasar, correspondiéndole los Emperadores, que luego le abrazan efusivamente. Los demás hacen lo mismo, ocupando luego sus respectivos sitios.)*

NAPOL. Señores: No es el privilegio de un Rey sofocar la emoción del hombre, pero la investidura con que me honrasteis exige austeridad. Hoy habéis consagrado la fecha de mi corazón, pero el corazón de mi esposa y el mío se deben desde hoy, más que a la inclinación mutua, al servicio del pueblo francés, al que tanto adoramos. *(Sensación y murmullos ponderativos.)* Quiera el cielo que el paréntesis corto o largo de nuestras vidas lo llene por completo una era de prosperidad y grandeza para la Francia. Quiera Dios que esos gritos de júbilo se perpetúen celebrando nuestros aciertos. Y ahora, amigos, permitidme que el hombre os estreche las manos con un silencio de emoción, que es la elocuencia de los agradecidos. *(Estrecha la mano de todos.)*

VAILL. *(A Saint-Arnaut.)* Preciso y claro como su tío. Me ha parecido oír una alocución del grande hombre. *(Van saliendo todos, menos la Condesa del Montijo. El Emperador, acercándose a Eugenia, le da un beso en la frente.)*

NAPOL. Eugenia, te he dado un trono a cambio de la ventura que me ofreces.

EUGEN. Gracias, Luis.

NAPOL. Pero no estoy seguro de haberte dado la felicidad.

EUGEN. S[illegible] la busco en tu cariño.

NAPOL. S[illegible] es así, pídele a Dios que me perdone. M[illegible]d[illegible]s, te espero... hay que acudir pronto a[illegible] quete oficial.

EUGEN. Al[illegible]mento voy. *(Vase Napoleón. La Conde[illegible] del Montijo va a salir también, y Eugenia [illegible]detiene.)* ¡Quédate, madre! ¡Qué deseos tenía de que nos dejaran solas!

C. MON. *(Al[illegible]ndo a su hija.)* ¡Hija de mi alma!...

EUGEN. ¿Llora[illegible]? .. ¿Por qué?... ¿No es esto la felicidad... la suprema felicidad?

C. MON. Eterna[illegible]nte le pediré a Dios que lo sea... Pero... ¿quién sabe?

EUGEN. Las dos soñamos con esta gloria.

C. MON. ¿Lo es para ti, Eugenia?... Sinceramente. ¿Al ver logrados tus afanes, no empaña tu alegría ninguna inquietud?

EUGEN. Sólo me entristece el pensar que no he de verte siempre a mi lado. ¿Es también esta pena la única que sientes?

C. MON. Mi amor de madre es más temeroso, hija mía. A esta pena tan grande se une el instintivo miedo a los peligros que amenazan a los Soberanos.

EUGEN. No temas, mamá. Los más terribles enemigos se truecan en ardientes defensores, si se les gobierna con amor y justicia. Yo sólo he de procurar el bien de los que ya son mis conciudadanos...

C. MON. ¿Y bastará eso para librarte de los odios, de las intrigas, de las difamaciones... de la ciega venganza de los enloquecidos?

EUGEN. Sí, bastará. No te apesadumbre ese temor... Abrázame. Tu hija es feliz y sólo quiere que todos lo sean. *(Madre e hija se abrazan y besan efusivamente. Entra La Chesnaye.)*

ESCENA IV

Dichas y *La Chesnaye.*

CHESN. ¡Señora...!

EUGEN. ¿Qué hay, La Chesnaye?

CHESN. El Emperador me ordena presentaros a las damas de vuestro servicio.

EUGEN. Bien está, que entren. *(Las señoritas van entrando a medida que se las anuncia. La expresión de la Emperatriz es diferente a cada aparición. Cuando es una amiga suya, no puede contenerse y manifiesta su aprobación con exclamaciones de júbilo.)*

CHESN. La señora Princesa de Essling. *(La Princesa, rígida y grave adelanta, hace la reverencia de corte, y al hincar la rodilla, besa la mano de la Emperatriz. Continúa la música.)* La señora Duquesa de Bassano. Vizcondesa de Aguado. *(Alegría y efusión en Eugenia.)* Condesas de Montebello y de Lezay. Baronesa de Malvret. Baronesa de Pierres... Señorita de Larroche Lambert.

LARRO. *(Bajo, después de levantarse al besarle la mano.)* ¡Oh, qué agradecida te estoy!

EUGEN. *(Lo mismo.)* ¡Qué alegría me das!

CHESN. Señora... *(Se inclina y se retira.)*

EUGEN. Señoras, amigas mías; las mujeres no entendemos de etiquetas, sino de afectos... Bien que en los actos públicos mostremos grave el gesto, pero ahora... ¡Venid! Sentaos a mi lado. *(Todas lo hacen, quedando un cuadro plástico, tal y como se ve en el lienzo de Winterhalter, aunque éste fué pintado posteriormente.)* Todas sois hermosísimas.

ESSLIG. Señora, la belleza de nuestra Soberana excede, con mucho, a la que pudiéramos reunir entre todas.

EUGEN. Lisonjera es la frase y la admito, Princesa de Essling, como un presente más del día. Todas,

hermanas por la edad, contribuiréis con vuestros propósitos y colaboración al bien de la Francia. ¿Creéis sincero su entusiasmo?

ESSLIG. Majestad, el pueblo os adora; París os idolatra. No se habla de otra cosa sino de vuestro generoso desprendimiento al destinar los seiscientos mil francos que el Municipio consignó para vuestro aderezo de brillantes, a los establecimientos de caridad.

LARRO. Y de las mil obras benéficas que viene realizando en silencio.

EUGEN. Era mi deber... No quise que el primer acto público relacionado con mi boda ocasionara un gasto tan considerable a la ciudad de París, habiendo tantos dolores que remediar. *(Levantándose.)* ¡Ea!, ¿queréis seguirme?... He de cambiar de traje al momento... ¿Vienes, mamá? *(Sale con su madre, seguida de las damas.)*

ESCENA V

La Condèsa y la Duquesa.

CONDS. *(Entra por una puerta opuesta con el abrigo a medio poner. La Duquesa la sigue como tratando de evitar su huída.)* ¡Venid, venid, Duquesa!

DUQS. Esperad... ¡No seáis loca!

CONDS. Ya he pedido mi coche.

DUQS. Os echarán de menos.

CONDS. Mejor... Su extrañeza será la satisfacción de mi odio.

DUQS. Pero quedaos siquiera hasta la terminación del banquete.

CONDS. Soy fiel a mis ideas.

DUQS. Por lo menos, esa fidelidad tenéis.

CONDS. ¡No, y no!

DUQS. ¡Que os perdéis a Rossini en la Opera, el baile de esta noche y la fiesta de Fontainebleau!

CONDS. ¡Es inútil, aunque pierda el infierno!

DUQS. Ese no le perdéis, descuidad. Yo me quedo. Si no me han hecho del cuarto de la Emperatriz, algo me tocará. Esperaré comiendo, que es toda la filosofía del mundo.

ESCENA VI

Dichas y *Callerghis.*

(En el momento en que la Condesa va a salir, aparece Callerghis en la puerta. Viste de coronel de húsares, de gran gala.)

CONDS. ¡Oh, señor de Callerghis!...

CALL. ¡Señora!...

CONDS. ¡Tanto gusto!... ¿Habéis estado vos también en la ceremonia?

CALL. Sin duda.

CONDS. ¡Es cierto que sois del cuarto militar de los Emperadores!

CALL. Del Emperador, Condesa.

CONDS. Eso quise decir... Estáis un poco demudado... ¿Qué os sucede?... ¡La emoción, tal vez!

CALL. ¿Vos no estuvisteis?

CONDS. No; me sentía también algo nerviosa... Por eso me retiraba.

CALL. Lamento vuestro mal. *(A la Duquesa.)* Duquesa, ¿creéis que tardará mucho la Emperatriz?

DUQS. No creo. ¿Deseáis que me informe?

CALL. Si sois tan amable... El Emperador desea saberlo.

DUQS. Pues aguardad un minuto. *(Vase la Duquesa por la puerta de las habitaciones de la Emperatriz.)*

CONDS. Me explico vuestro malestar, amigo Callerghis. El día de hoy es decisivo para vos.

CALL. Para todos los que amen al Soberano.

CONDS. Ciertamente. Y mucho más para los que sienten especialísima devoción por la que ya es su augusta esposa. ¿No es eso?

CALL. No me explico lo que queréis decir. ¿Quién no siente devoción por la Divinidad?

CONDS. ¡Vaya, amigo mío, no derivéis, no os hagáis el torpe! Las mujeres somos muy sagaces.

CALL. ¿Y qué creéis haber adivinado en mí?

CONDS. Adivinar... no es esa la palabra. He descubierto que estáis enamorado.

CALL. ¿Yo?

CONDS. Y os felicitaría por ello si no hubieseis puesto los ojos en un ideal imposible. Vuestro ensueño es una quimera, vuestra ilusión una locura... por lo menos ahora.

CALL. No os comprendo.

CONDS. No queréis confesar que me comprendéis. Muy caballeroso, pero inútil. Los ojos de los enamorados los delatan, a pesar suyo, y los vuestros, que son tan expresivos...

CALL. Os suplico que no insistáis, Condesa... Puedo aseguraros que estáis equivocada.

CONDS. No insisto, ya que es vuestro deseo; mas si me consideráis vuestra amiga leal, me atrevería a daros un consejo... Os diría: Si no podéis sofocar ese amor, sed, por lo menos, más prudente.

CALL. ¡Condesa!

CONDS. No olvidéis el peligro. También él está locamente enamorado, y sus celos serían mortales. ¡Adiós, amigo mío!... *(Vase. Callerghis queda pensativo, contrariado.)*

CALL. ¿Será cierto que a mis ojos se asoma tan indiscretamente mi alma?

ESCENA VII

Dichos, la Duquesa, después *la Condesa del Montijo* y *Merimée.*

DUQS. *(Saliendo precedida de la Condesa del Montijo.)* Su Majestad la Emperatriz está terminando de arreglarse.

CALL. Gracias, Duquesa. Voy a comunicárselo al Emperador.

C. MON. Sí; podéis decirle que es cuestión de un instante. *(Cailerghis hace una profunda reverencia y sale, al mismo tiempo que aparece Merimée. Ambos se saludan, la Duquesa vuelve a entrar en las habitaciones de Eugenia.)*

MERIM. ¿Se puede, Princesa serenísima, madre imperial?

C. MON. ¡Oh, amigo Próspero!... ¡Qué placer me produce vuestra visita!... A vos, amigo constante de mi casa, os pido la contestación a esta duda que me acomete. ¿Es esta hora de pesar o de alegría?... ¿Hicimos bien... hicimos mal?... ¿Qué es lo que hemos hecho?

MERIM. Lo que ella merece... Si vivo mucho, ya os diré lo que no merece. Por de pronto, siento un orgullo del diablo al ver a mis discípula metida a Emperatriz. Mala jaula es un alcázar para un ave del paraíso, entre dorados alambres de etiqueta. Pero el Destino es un terrible domador de voluntades.

C. MON. Mucho me consoláis achacando al Destino...

MERIM. Para que veáis cómo dirige nuestros propósitos, os diré, que yo que había enterrado mi musa, la he sentido reverdecer anoche en mi solitario gabinete de la calle de Vaugirard, mientras el *Monitor* pregonaba los detalles del acontecimiento. Sombrearon mi frente bajo la lámpara los nobles laureles granadinos, y a falta de un regalo digno de vuestra hija, la traigo un recuerdo de estrofas... *(Sacando un papel.)* Pero no estáis para rimas ahora...

C. MON. Es que la espero con una impaciencia...

MERIM. De madre, sí, ya me hago cargo.

C. MON. Pero leed; os prometo consagraros toda mi atención. Tardará todavía.

MERIM. Nos interrumpirán, de seguro. Todo el que interrumpe a un poeta, tiene decretada, por su intención, la pena de muerte.

C. MON. Esperad, ella sale...

ESCENA VIII

Dichos, Eugenia y sus damas.

(Efectivamente, aparecen las damas y detrás Eugenia, con otro magnífico vestido, color de rosa, la diadema de diamantes y la joya de trébol.)

MERIM. *(Inclinándose.)* ¡Majestad!

EUGEN. ¡Oh, si es mi gran rezagado!... ¡Qué alegría! ¿Conque Majestad? ¡Ingrato! ¿Creisteis que mi corazón cambia de afectos como mi cuerpo de atavíos?

C. MON. Tan no es así, que te trae algo que estima en mucho...

EUGEN. ¿Versos?

MERIM. Lo acertasteis, señora.

EUGEN. ¡Ea, no seáis ridículo, monsieur Próspero de mi alma! ¡Eugenia, Eugenia siempre para vos!... Conozco en vuestros ojos que queréis que los lea...

MERIM. Mucho ganarán si vuestro acento los matiza...

EUGEN. ¡Oh! ¡Qué perfecto cortesano! Hay tiempo, aún no suena la música. *(Eugenia se dispone a leer y en aquel momento suena la música.)*

MERIM. ¿No os lo dije?

EUGEN. ¡Qué importa!... ¡Hay tiempo, hay tiempo! *(Se dispone a leer de nuevo.)*

ESCENA IX

Dichos, Napoleón y *La Chesnaye.*

CHESN. *(Asomando.)* ¡El Emperador!

MERIM. *(Contrariadísimo.)* ¡Nada! ¡Es imposible!

EUGEN. Señor, a tiempo venís.

NAPOL. Merimée, os había echado de menos. ¿Llegáis ahora?

EUGEN. De él son estos versos que me disponía a leer cuando entrasteis.

MERIM. Señor, una improvisación humilde.

NAPOL. *(Jovialmente.)* ¡Bah! El auditorio os es propicio. Estas damas de seguro os admiran, mi mujer es la misma benevolencia, y en cuanto a mí, aunque escribo también, y entre escritores es corriente la envidia, os prometo perdonároslo todo.

MERIM. *(Yendo hacia las puertas y cerrándolas.)* Siendo así, y ya que estamos entre colegas...

NAPOL. ¿Qué hacéis?

MERIM. Temo que aparezca otra vez el señor de La Chesnaye, que es un antídoto de la poesía.

NAPOL. *(Riendo.)* Es verdad. Nunca fué oportuno el señor de La Chesnaye. Eugenia, os escucho...

EUGEN. *(Leyendo.)*

La ciudad del Alhambra frunce su ceño
de nubes, vaho del llanto de sus dos ríos,
lloran los verdes sauces sobre el risueño
festón bordado en rosas de los plantíos,
y la vega, en que el aire, manso suspira,
viéndose por su reina menospreciada,
pregunta al horizonte de Sierra Elvira:
¿Dónde está aquella gloria que hubo en Gra-
[nada?

Con turbios alfileres, prende ahora el Sena
su túnica de novia, su frente altiva,
que copia la blancura de la azucena,
de una imperial corona quedó cautiva.
Por ella, el pueblo ruge y el cañón truena;
por ella, arde en elogios la comitiva.
Pero ella, bajo el velo de desposada,
junto al que es Rey de reyes, iluminada
por la triste ironía de nuestro cielo,
va diciendo muy bajo, con voz turbada:
"¡Ay, cármenes floridos! ¡Ay, mi Granada!,
y esas dulces memorias son su consuelo."
¡No llores por Granada, maga divina!
¡París te ofrece un ramo de madrigales!
¡Ya vendrá de Granada la golondrina
a llamar con sus alas en tus cristales!
¡Ya vendrá, y cuando llegue la primavera

y fijes en el cielo tu azul mirada,
verás cómo en su fondo gris reverbera,
todo el azul divino de tu Granada!

EUGEN. ¡Oh, Merimée, muy bonitos!... ¡Cómo agradeceros!... ¡Los guardaré toda la vida!

C. MON. ¡Mi emoción es mi gratitud!

NAPOL. Merimée, sois de la casa del Emperador.

MERIM. Señor... no merece...

NAPOL. Id, os esperan... Representante de la literatura de nuestro país, y glorioso representante, por cierto..., tenéis un sitio en la mesa oficial...

MERIM. Gracias, señor... *(Ofrece su brazo a la Condesa, y se dispone a salir, seguidos de las damas, en el momento en que se abre la puerta y aparece La Chesnaye.)*

ESCENA X

Los mismos y *La Chesnaye.*

MERIM. ¡Hola, señor La Chesnaye! ¡Pasad... ya no importa!

CHESN. *(Perplejo.)* ¿Qué no importa? *(Al Emperador.)* Señor... *(Reverencia profunda; el Emperador se ha apresurado a coger la mano de su mujer, y se siente contrariado al ver al Chambelán.)*

NAPOL. ¿Qué hay, La Chesnaye?

CHESN. El maestro de ceremonias, señor de Cambaceres, y los señores Vaillant y Saint-Arnaud, están en la Saleta...

NAPOL. ¡Que aguarden! *(La Chesnaye hace una profunda reverencia, dada un momento, y después cierra con mucho cuidado la puerta. Este mutis puede ser provechoso para el actor que lo interprete.)*

ESCENA XI

Napoleón y *Eugenia.*

NAPOL. Tenía razón Merimée. Ese La Chesnaye es hombre inoportuno. ¡Eugenia! ¡Déjame que prescinda de enojoso fraseo! ¿Eres dichosa?

EUGEN. ¿Cómo no he de serlo si estoy junto a ti?

NAPOL. Y, sin embargo, durante la ceremonia estuviste abatida. Bajo el velo de tristeza, que no pudo borrar tu propósito, vi caer una lágrima, que pareció a mis ojos el último homenaje a un recuerdo... ¿Lloras?... ¿Bajas la frente?

EUGEN. Sí. Juzgame algo mejor. Luis, te debo la fe que me has dado y el trono que me das.

NAPOL. ¿Y si con él, vida mía, te hubiera dado el infortunio?

EUGEN. En la adversidad y en la grandeza, seré digna de ti. Perdona estas lágrimas de una débil mujer, esclava de sus supersticiones.

NAPOL. Pero ¿y en qué las fundas?

EUGEN. ¡Qué sé yo! Este malhadado capricho de ponerme el collar de perlas... Luis... *(Cogiéndole una mano.)* ¿Tú crees en los augurios del pueblo?

NAPOL. No; rotundamente.

EUGEN. Yo, sí; cuando entrábamos en Nuestra Señora, una mujer fatídica, gritó: "¡Oh, collar de perlas! ¡Lágrimas de reina!"

NAPOL. ¿Y a tal superstición llega tu espíritu, que eso te preocupa?

EUGEN. Además...

NAPOL. Sí, lo sé. Al pasar bajo el Arco de la Estrella, se desprendió la corona del coche.

EUGEN. Como a la otra...

NAPOL. Como a Josefina de Beauharnais, ¿verdad?, y luego la repudió mi tío... pero... qué razón existe para que pueda repudiarte yo, ¡vida mía! ¡Oh, piensa que el Estado pague muchos infantes! Ves... ya ríes...

EUGEN. Sí, Luis mío. El sol de mi felicidad rompe por todo. ¡Ea! ¡Ya no hay nubes!

NAPOL. Vida próspera nos aguarda. Por ti y contigo se cimentará para siempre el trono del advenedizo. Ya ves que yo mismo me lo llamo. ¿Qué me importan los engolados reyes de Europa? Paz contigo, guerra si la quieren...

EUGEN. ¡Oh! Eso nunca, los laureles se tiñen de oro, no de sangre...

NAPOL. Ya hablaremos de todo... Ahora, aunque estos relojes me apremien, déjame un solo minuto para mirarte... Tú me das la felicidad y la vida.

EUGEN. ¿Me encuentras bien?

NAPOL. ¡Reina y señora!... ¡Deja que la luz de aquel cielo de tu Granada llene mi corazón; déjame que esta mano levante orgullosa la tuya para llevarte ante la admiración ajena!...

EUGEN. ¡Así me gustas! Con genio de estudiante...

NAPOL. Por desdicha, estas expansiones sólo pueden ser ráfagas en nosotros...

EUGEN. Oye, ¿es verdad que escuchan y ven las paredes de estos palacios? *(Se ve asomarse a La Chesnaye por la puerta de cristales del fondo.)*

NAPOL. Aunque así sea, este momento es de disculpa.

EUGEN. Pues... ¡abrázame, Emperador!

NAPOL. ¡Con toda el alma, Eugenia! ¡Vivo sólo por ti! ¡Ea! Señora Emperatriz, componed el gesto... Así... no te rías... empieza el festejo de nuestras nupcias... *(Toca un timbre y aparece La Chesnaye)*

ESCENA XII

Dichos y *La Chesnaye.*

CHESN. Señor...

NAPOL. Anunciad. *(Toma la mano de Eugenia y se dirige a la gran puerta del fondo, que abre La*

Chesnaye, viéndose el suntuoso salón, donde aguardan los invitados. Se oye la marcha imperial y los rumores, que cesan al llegar a la puerta Napoleón y Eugenia.)

CHESN. ¡Los Emperadores!

TELÓN

ACTO CUARTO

La vida íntima.—En el palacio de las Tullerías.—1865.

[illegible] rosa contiguo al de damas y a las habitaciones de la Emperatriz. El techo representa el triunfo de Flora, de Chaplin Anmeney, bronces artísticos, muebles estilo Luis XVI, sillería de dorados, forrados con tapices de los Gobelinos en que se des[illegible] hermosos ramos de flores sobre fondo blanco con remates [illegible]. Puertas laterales. Al fondo, otra gran puerta, con los cortinajes recogidos de modo que pueda verse el salón azul, amplio y, como es natural, suntuosamente decorado. A la derecha, casi en el fondo, frente a un espejo, un biombo, y sobre el muro de la izquierda, un gran retrato de María Antonieta.

ESCENA I

Biguet y Pepa.

(Biguet, el ujier, viste casaca color castaña, a la francesa, con bordados en plata, medias de seda negras, zapatos con hebillas y cadena de plata. Hora muy matinal. Se nota que Biguet, jefe de ujieres, y Pepa, doncella privada de la Emperatriz, acaban de hacer la limpieza de aquellos salones. Biguet viene desde el salón del fondo con un mandil puesto. Pepa, sobre una escalerilla, da una última vuelta a los cristales de la ventana, y luego deja la gran esponja de que se sirve, junto a unos grandes zorros y una escoba cepillo de largo mango, apoyada en dicha escalera.)

PEPA. ¡Ea, ya está! *(Desciende.)*

BIGUE. Yo también he terminado, madama Pepa. Buenos días.

PEPA. ¡Miren que yo madama! ¡A cualquier cosa llama usted buenos días, monsieur Biguet!

BIGUE. Hace un sol espléndido.

PEPA. No tié luz ni pa ensendé un puro de a cuarto de mi tierra. Sol, el que habrá a estas horas allí en Graná! ¡Pan y miel de durse y bonito!

BIGUE. Creí que iba usted acostumbrándose a París...

PEPA. ¡Mare mía! ¡Por mi niña e mi arma!...

BIGUE. ¡La Emperatriz, señora, ese es su título!

PEPA. ¡Mi niña e mi arma, Biguet!... ¡Poquito recomendá que me la dejó su mare la zeñá Condesa!... ¡Pepa, que míes por mi hija!... ¡Pepa, que por aquí! ¡Pepa, que por allí!... y yo que no paso de las entrepuertas ni ando en meriñaques, estoy más avisá que un lobo... y en cuanto que la veo "yorá"... ¡Vamos!

BIGUE. *(Asomándose a los cristales.)* Sí; vamos, que acaba de llegar el coche de Pinsón con las damas de servicio. Yo le llevaré la escalerilla. *(Mutis.)*

ESCENA II

Duquesa de Bassano y la Condesa Cordelia.

DUQS. *(Entrando con Cordelia.)* En cuanto oí el ruido del coche bajé a felicitarte.

CONDS. No haré yo otro tanto contigo.

DUQS. ¡Porque me resigné a un servicio algo más subalterno!... ¿y qué?, tengo a mi cargo el vestuario de la Señora.

CONDS. Que era una dama de tu categoría...

DUQS. ¡Y a quien el Destino elevó! Hizo muy bien.

CONDS. *(Irónica.)* El Destino jamás se engaña.

DUQS. Vivo, triunfo, murmuro, voy de fiesta en fiesta, carezco de responsabilidad, llevo el aire de Palacio a los salones de París, pico en po-

lítica y en honras, y aquí me tienes... ¡Ya lograste lo que querías...!

CONDS. *(Misteriosamente.)* ¡Más!...

DUQS. ¿Más que ser dama de honor?

CONDS. ¡Más, mucho más!...

DUQS. ¡Pues no lo entiendo!

CONDS. ¿Te parece poco ser rival triunfante?

DUQS. ¡Cordelia, eso que dices no está bien!

CONDS. ¡Pero lo hago!... No confío el secreto a tu discreción... Antes de nada será público... El Emperador me ama...

DUQS. Pero y tú ¡aceptas el sacrificio de tu reputación!

CONDS. Será un "se dice" más; una mujer siempre indefensa no puede evitar la calumnia, ¿no hemos quedado en eso?

DUQS. Pero, ¿qué espíritu infernal te asiste? ¿Qué te hizo la pobre Soberana?

CONDS. ¿Y eso preguntas?

DUQS. Claro...

CONDS. ¿No oíste su burla, su ironía en Compiègne, cuando me dijo, hablando de nuestros encuentros en los salones de los Rothschild: "La atención se llama de muchas maneras."

DUQS. Eso no es un agravio...

CONDS. Para las almas rencorosas, sí; ¡porque yo la detestaba. ¡Llámalo envidia! ¡Es mi pasión, pasión que me absorbe! Yo era amiga de la Castiglioni, ¿comprendes? Una noche me vió él en su casa... me recordó... Estuve espiritual... Perdóname, hice música... El me miraba con los ojos turbios..., le pareció delicioso el ruego que le hice de ser dama de su mujer, y aquí me tienes...

DUQS. Pero...

CONDS. Sí; no quiero que triunfe de mí. ¡Si lo que quiero es triunfar de ella! Ser su preocupación... el motivo de su llanto... y, luego, reírme... ¡Eso es todo!

DUQS. ¡Vaya, pues no es mucho! Oigo su voz. Me

voy. *(Aparte.)* ¡Qué ilusiones se hacen ciertas mujeres! *(Desaparece.)*

ESCENA III

La Condesa y Eugenia.

(Cordelia se inclina ante la Emperatriz, que sale con algunos papeles para dejarlos sobre una mesilla.)

EUGEN. ¡Hola, sois vos, Condesa de Lambal?
CONDS. Señora...
EUGEN. ¿Otra vez de servicio?
CONDS. En ausencia de madama de Saucy...
EUGEN. ¡Ah, es cierto!... ¡Qué memoria la mía! ¿Queréis avisar a monsieur de La Chesnaye? *(Cordelia se inclina y se retira. La Emperatriz se impacienta y mira hacia la puerta en espera del Chambelán, que sale al fin, tan atilaado como siempre.)*

ESCENA IV

Eugenia y La Chesnaye.

EUGEN. ¡Pero, señor de La Chesnaye!
CHESN. ¡Perdóneme Vuestra Majestad! Como perdí el aprecio de mi señor por llegar siempre demasiado a tiempo...
EUGEN. *(Irónicamente.)* Ahora queréis perder el mío por llegar demasiado tarde...
CHESN. *(En son de excusa.)* Era por si...
EUGEN. Por sí o por no... os aconsejo que hagáis las cosas como naturalmente han de hacerse, sin estudiar el modo...
CHESN. Muy bien.
EUGEN. ¡Claro que muy bien, respondón!...
CHESN. *(Aparte.)* ¿Cómo daré yo gusto?
EUGEN. Vamos a ver, ¿qué hicisteis de todos estos ma-

moriales mientras duró mi estancia en Biarritz?

CHESN. Pues... ponerlos por orden.

EUGEN. ¡Excelente despacho!

CHESN. Además, y por indicación mía, que seguramente ha de merecer vuestros reales elogios, tanto Damás Hinard, como yo, adoptamos una fórmula ambigua. Si al leer entre dientes veíamos que era cosa de hambre, poníamos: "Se proveerá", y si era de pensión o merced: "Se estudiará".

EUGEN. ¡Qué de indigestiones habrá producido vuestra fórmula! ¡Qué satisfechos habrá dejado a los vanidosos! Señor de La Cresnaye... ¡tenéis razón!, no puedo escatimaros mis alabanzas.

CHESN. ¡Oh, señora! *(Inclinándose.)*

EUGEN. A fuerza de miraros vuestro bigote, andáis como un sonámbulo por la vida. ¡Tomad! Recoged esos documentos, estudiádmelos detenidamente, señor de La Chesnaye..., y venid a informarme lo que juzguéis de inmediato interés. Ya sabéis que siempre tengo prisa por favorecer a los necesitados.

CHESN. *(Recoge los memoriales.)* ¡Ah, Vuestra Majestad es un ángel! *(Al volverse para saludar se le cae un papel.)*

EUGEN. *(Vivamente.)* Pero... ¡cuidad de los papeles, señor de La Chesnaye!... *(Se retira por la puerta lateral izquierda.)*

ESCENA V

La Chesnaye, después *la Condesa Cordelia.*

CHESN. *(Empieza a recoger los papeles azoradísimo, y luego, al volverse otra vez en la puerta, sin levantar la cabeza, se le caen todos.)* ¡Oh, perdóneme, Vuestra Majestad, señora! ¡No, no, no se moleste Vuestra Majestad! ¡No; es por si en un movimiento involuntario de esos que no

pueden evitarse!... ¡A los imperiales pies de Vuestra Majestad!... *(Se levanta.)* ¡Se fué!... *(Al retirarse tropieza con Cordelia.)*

CONDS. ¡Cuidado!...

CHESN. *(Azoradísimo.)* Dispense, madama de Saucy...

CONDS. De Lambal... *(Rectificándole.)*

CHESN. ¡Nada!... ¡Es mi sino! *(Vase La Chesnaye. Cordelia adelanta cautelosamente hasta la chimenea, mira el reloj, y dice.)*

CONDS. ¡La hora llega!... ¡No tardará! ¡Juego de azar es éste y pongo en él mi corazón! *(Vase.)*

ESCENA VI

Napoleón, Saint-Arnaud, Vaillant, Aquiles Fould y Persigny.

NAPOL. Os aseguro, señores ministros, que nada, nada podrá contenerme. Las victorias de Montebello y Magenta son mi garantía. Mi expedición de Anam dió nuevos territorios al pueblo francés.

PERSIG. Pero el Austria, señor, produce en Italia disturbios. Los descontentos dicen que abandonáis al Papa...

NAPOL. Y los masones me enviaron a Orsini y a otros regicidas, mientras la Emperatriz aboga por Pío IX, y los legitimistas y los orleanistas se unen a los republicanos en sorda conjura contra mí. ¿No es eso?

ST.-ARN. Les sofoca la envidia y el odio.

VAILL. Sin tener en cuenta los sacrificios de la Corona y de sus hombres.

NAPOL. Pues la Corte seguirá viviendo con el fausto debido al trono. ¿No es eso, monsieur Fould?

FOULD. Señor, yo me atrevería a proponer a Vuestra Majestad, ciertos proyectos económicos.

NAPOL. Arbitrad, señores ministros, arbitrad recursos. El brillo de las armas y el lustre de sus cortes, es lo que hace a los reyes. *(A los generales.)*

Y ahora, disponed mi partida a Saint-Cloud... ¡Quiero distraerme!, ¡lo necesito!, ¿lo entendéis?

POULD. Señor...

NAPOL. Sí, ya sé lo que vais a decirme: ¡Que no hay causa para tantas fiestas, que todos nos critican! *(El Emperador habla con cierta irónica jovialidad; a veces contra su costumbre, habla de prisa.)* ¡Andad, y disponedlo todo! Antes de una hora quiero hallarme en camino. A vos, señor ministro del Interior, sólo os encargo que continúe la calma en París.

PERSIG. Señor, nada turba el sosiego político.

NAPOL. ¡Aparentemente! ¡No me lo neguéis!

PERSIG. Son informes del Superintendente de Policía.

NAPOL. Es que yo también tengo mi policía particular, señor de Persigny, y sé de cierto maldiciente del Barrio Latino...

PERSIG. Gambetta...

NAPOL. Y de otro agitador de cafés públicos.

PERSIG. ¡Rochefort! Ya se les vigila.

NAPOL. Respetad la libertad ajena...

VAILL. Pero llenad las cárceles si es preciso.

NAPOL. ¡Siempre las medidas violentas, Vaillant! Ocupaos de los enemigos exteriores... que los que haya en mi casa ya iré yo descubriéndolos.

VAILL. ¡Señor!... *(Saluda ante el ademán del Emperador, que los despide.)*

ST.-ARN. ¡A la orden de Vuestra Majestad!

NAPOL. ¡Saint-Arnaud..., enviadme a Callerghis! *(Viendo a Callerghis en actitud humilde en el hueco de la puerta.)* ¡Ah, ya no es necesario! Adiós, señores.

ESCENA VII

Napoleón y *Callerghis*

(Callerghis espera con digna sangre fría.)

NAPOL. ¡Adivinasteis mis deseos, señor Callerghis!

CALL. Supuse que Vuestra Majestad me llamaría o me haría buscar.

NAPOL. Luego abrigáis un temor.

CALL. Por asuntos de hombres no he temblado nunca...

NAPOL. *(Conteniéndose.)* ¡Habláis con el Emperador!

CALL. De los franceses, no mío. Soy ciudadano griego.

NAPOL. ¡Y yo un hombre que no sabe si podrá contenerse!

CALL. Al hombre..., al amigo, vengo a ver. *(Movimiento desdeñoso de Napoleón.)* Al ex amigo, si así os place... Luis... *(A pesar de la energía de sus palabras, su tono es humilde y su actitud respetuosa.)*

NAPOL. *(Sarcástico.)* ¿Apeláis a viejas memorias?

CALL. Por algo hay que empezar.

NAPOL. Pues mal capítulo de cargos es para vos, ese recuerdo... Nos conocimos en la desgracia, en Londres. Nos unieron penuria y simpatía, dos cosas de las que nacen otras dos: lealtad y afecto, y cuando la suerte falló para mi gloria, el pleito de mi vida, os llamé a la Corte y me pagáis con la traición más negra...

CALL. No; estáis equivocado, Luis.

NAPOL. ¡Sí, sí; mísera...! *(Amenazador. Callerghis retrocede, pálido, convulso.)*

CALL. Señor, los insultos que vienen de lo alto son los que hieren más profundamente.

NAPOL. Creísteis que el antifaz que ponía mi discreción a la dignidad soberana, me impedía ver vuestro juego... y seguir con ojos enconados aquella impertinencia que perseguía a mi mujer con vanidosa tenacidad...

CALL. ¡Oh, la Emperatriz es un ángel!

NAPOL. ¡Callad, imbecil!... ¡U os haré callar para siempre!

CALL. Es preferible.

NAPOL. Nadie duda de ese ángel, sino vos...

CALL. ¿Yo?

NAPOL. Vos, que creísteis, que su deber, que su virtud inmaculada..., que el amor que me tenía...,

inmenso..., infinito..., que todas esas grandezas que me hicieron preferirla a las princesas reales..., iban a ceder dócilmente..., a vuestro ridículo engreimiento.

CALL. Pero, permitid que me explique.

NAPOL. Y como si eso no bastara, anoche mismo... cuando bailaba con el Príncipe de Murat... os permitís... *(Con vehemencia desusada en él, cubriéndose el rostro con las manos.)* ¡Oh!... ¡Cuánto os envidio! ¡Cuánto daría por poder abandonar de pronto esta condición para abofetearos, para vengarme... para chafar con mi pie, en vuestros labios, el último aliento!

CALL. ¡Majestad!

NAPOL. ¡Me olvido de quien soy... de quien debo ser...! Sin miramientos a vuestra acomodaticia ciudadanía, otro rey... os haría salir de aquí para el patíbulo... ¡Yo os digo, hipócrita Callerghis, infame Callerghis..., tenéis media hora para salir de este palacio, y doce para dejar el suelo francés!... Desde este momento seguirán vuestros pasos... *(Vase.)*

CALL. ¡Pero, señor! ¡No me condenéis sin oírme!... ¡Reflexionad!... ¡Dios mío!... ¡Y no he de verla más!... ¡Ni justificarme a sus ojos! ¡Oh, le conozco demasiado! ¡Todo es inútil! *(Vase puerta fondo.)*

ESCENA VIII

Eugenia y *Merimée.*

(Salen por lateral izquierda la Emperatriz y Merimée, de levita.)

MERIM. Temo haber llegado en mal hora.

EUGEN. Aquella en que venís, amigo mío, es la única que dulcifica la existencia de vuestra Carmen, de la chiquilla de Granada, que se equivocó siempre, hasta cuando supuso que el ser Emperatriz era una cosa muy alegre...

MERIM. Luego, sufres...

EUGEN. ¡Quiá!... ¿Pues no leéis las crónicas, ni oisteis las comidillas de las tertulias ni saboreasteis los epigramas de los libelistas?... ¡Ah!... ¡pues si yo me divierto mucho! ¡Como que voy tocando sonajas por el corredor de las Bovedillas hasta el oratorio, y visto y lavo a mi pequeño, y hago charadas, y descifro acertijos, en el salón de Apolo, a la hora del te!... ¿Veis qué conducta?

MERIM. No debí haber venido.

EUGEN. Pero... ¿por qué?

MERIM. Porque vengo en crítico... y un poco serio.

ENGEN. ¿También vos?... ¡Ay, Virgen de las Angustias! ¡Pues es lo que faltaba!

MERIM. Sí, Eugenia, sí. Permíteme que prescinda de escénicos respetos. Los años, la constancia en quererte, me han hecho el padre de tu alma, autorizándome a ser franco contigo...

EUGEN. Pero... ¡si es como yo os mando que me habléis, de ese modo!... Mi hermana, mi pobre Paquita enferma, lejos de mi madre, sois el único con quien mi corazón sostiene estos afectuosos diálogos. Vos y mi hijo... y... ¡nada más. ¡Es todo lo que tengo!

MERIM. ¿Tan pobre estás?... Pues ¿y el Emperador?

EUGEN. *(Haciendo preceder sus palabras de un ademán muy cómico con la mano.)* ¡Voló! Cada minuto que cae sobre su medio siglo, pone una pluma nueva en sus alas... ¡Ya no es un gavilán, es un águila grande que acapara a todas! *(Accionando. Reacción súbita.)* ¡Horrible, Merimée! Si os asomarais a esas ventanas, veríais una Emperatriz de cuarto piso y papalina, que es bocado de Cardenal. ¡Un ulano! Yo no sé de dónde las saca.

MERIM. Quizá busque el contraste. Los hombres somos caprichosos.

EUGEN. Y lo peor es que no se recata de mí. Espero que algún día me pida consejo sobre alguna nueva predilección. Y esto me atormenta...

me atormenta más que el disimulo a que me veo obligada en medio de mis celos pertinaces y horribles.

MERIM. Finges y sufres, pero a través de vuestras máscaras de alegría, el pueblo descubre la verdad. Los reyes son del pueblo mientras viven para él, pero cuando viven para ellos mismos, entre sus diversiones y orgías, nada importa que vayan unidos en el fondo de un coche o se asomen juntos a un balcón. Las revoluciones salen de aquí.

EUGEN. ¡Oh, callad! *(Mirando el retrato de María Antonieta.)*

MERIM. ¡De las envidias, de los celos, de las debilidades!

EUGEN. Pero... ¿habéis venido a reñirme? *(Con gracioso reproche.)*

MERIM. Callaré si la Soberana me lo ordena.

EUGEN. ¡Otra vez! ¡Eso me desespera más!

MERIM. Pues entonces seguiré riñéndote, que también a los ángeles se les riñe. A ti, hay que reñirte por buena y confiada.

EUGEN. Sí, sí; dorad la píldora.

MERIM. El tiempo, que con tanta solicitud cuida de tu hermosura, dándote la gloria de una hábil regencia que aún perdura en la admiración de los franceses, no te concedió por igual ese ponderado criterio que es el atributo de tu estirpe.

EUGEN. Pero... ¡Dios mío!... ¿Qué más quieren de mí? ¿Acaso no ven mis sacrificios? ¿Mi buena voluntad en todo?

MERIM. Sí.

EUGEN. ¿No practico el bien?

MERIM. Con exceso y por índole tuya.

EUGEN. ¿No expongo hasta la propia vida?

MERIM. Saben que tu piedad baja a las cárceles y que tu voz lleva a los moribundos una última esperanza, pero...

EUGEN. Acabad.

MERIM. Hay el baile del hotel de Alba; hay los dis-

pendios de Fontainebleau; hay tu rivalidad fastuosa con la Princesa de Metternich, tu mala consejera, tu mala amiga.

EUGEN. Pero... ¿me queréis monja o reina?

MERIM. El pueblo y yo te queremos como eres. Grande y noble. Resignada ante los excesos de tu marido y sin establecer inútiles emulaciones entre sus vicios y tus aparentes locuras.

EUGEN. Vos sabéis quién soy...

MERIM. También el pueblo; ¡por eso espera!

EUGEN. Espera... luego desconfía. ¡Vaya una confusión!

MERIM. Escucha, Eugenia. Tal vez te aburra.

EUGEN. *(Efusiva.)* Me admiráis.

MERIM. Te habla un viejo, pero la voz de un viejo es la verdad más próxima al sepulcro, que es la suma verdad... He venido porque hasta mi pobre y solitario albergue llegan vientos de fronda.

EUGEN. ¡Oh!... ¡Mi buen padre espiritual! ¡Cuánto exagera vuestro cuidado! ¡El Imperio se halla en su cenit!

MERIM. *(Contrariado.)* ¡Ya, ya contaba con esta ingratitud!

EUGEN. ¡Perdonad!... ¡Si es que me desespero!... *(Cogiéndole una mano.)* ¿Os conmovéis?... ¡Próspero! ¡Amigo mío! ¿Qué he de hacer?

MERIM. Disminuye tus gastos.

EUGEN. ¿Más?

MERIM. Si has empezado, sigue. No deslumbréis la vigilia del pueblo con la llamarada de vuestros festines.

EUGEN. Que mire bien el pueblo y verá proyectarse en las cortinas la sombra de Bacciochi, el correveidile napoleónico.

MERIM. Opón tu austeridad.

EUGEN. Pero... ¿cómo?

MERIM. Venciéndote... No ayudando a que caigan en las coplas del Puente Nuevo y en las charlas de los mercados los errores de tu marido.

EUGEN. Desesperándome y consumiéndome, ¿no es eso?

MERIM. Tal es tu obligación.

EUGEN. ¡Atraerle!... ¡Mimarle!... ¿no? ¡Hasta que se burle de mi dulzura! *(Con muchísima gracia y como si efectivamente lo hiciera.)* ¡Pero Luis!... ¡Pero Napoleón! ¿No ves que esa Duquesa de Castiglioni es el pérfido cebo que la política de Cavour pone a tu inocencia? Pero... ¡bien mío! ¿no me amas ya? ¿No?... Y a todo esto abrir con mis caricias sus dormidos ojos para que vea ¡a su "andaluza"!, ¡a su "española"!, a la mujer aquella por quien estaba dispuesto a morir. ¿Queréis que haga esto, Merimée? ¡No, no y no!

MERIM. Lo exige tu conveniencia.

EUGEN. ¿Y mi orgullo de mujer?

MERIM. Palabras y palabras.

EUGEN. ¿Y la dignidad de mi corona?

MERIM. Humo de ambición.

EUGEN. ¿Y mis afrentas? ¿Y los ultrajes que devoro?

MERIM. Tu martirio. Necesario martirio en los buenos.

EUGEN. Pero... ¿qué me queda entonces?

MERIM. El Príncipe.

EUGEN. Es verdad... ¡Hijo mío!

MERIM. Ese es tu imperio. Su educación es lo que el pueblo exige de ti.

EUGEN. ¡Siempre el pueblo!

MERIM. Pero... ¿qué os figuráis? *(En un arranque de indignación.)*

EUGEN. ¡Oh, sois cruel, Próspero!

MERIM. Perdona, hija, perdona. *(Señalando el retrato de María Antonieta.)* Ese lienzo puso en mis labios esa pregunta fuera de mi intención. ¡Cuando dudes, cuando vaciles, piensa en ella!

EUGEN. *(Exaltándose por momentos.)* ¡Si es mi obsesión! ¡Si es mi manía! A todas horas, en mis insomnios, entre mis lágrimas, la veo acercarse sangriento fantasma que me dice con dolo-

rosa majestad... "¿por qué quisiste el hogar de la muerte, donde aún suenan los desesperados suspiros de mi expiación y de mi agonía? ¡Ya lograste tu sueño!" La gitana te dijo: "serás más que reina". El que hiciste obispo de Amiens, porque halagó tu vanidad, te dijo: "serás más que reina", y hasta ahí llegaron los augures del mundo. Pero yo, el espíritu dolorido y errante, dice a tu distracción: ¡Mira, mira esa fiera de acanalada fauce! ¡Mira esos ojos sin piedad!, ¡esas garras de un monstruo sin clemencia que se aproxima, que te sobrecoge y ahoga!... Si velo... miro con terror cuanto alcanza la luz de mi lámpara, y si domino en mis sueños mi angustia..., el sudor empapa mis sienes y mi primera mirada es para ese rostro dulce y fatídico que sonríe a la claridad como diciéndome: ¡Todavía no, todavía no!

MERIM. Descansa ¡Cálmate! ¡Ese todavía no llegará nunca!, Las catástrofes no se repiten de igual modo..., pero el pueblo—resígnate a escuchar este nombre—, el pueblo, de cuyo vigor duda siempre vuestra cómoda confianza, sabe, por haberlo recorrido mil veces, el seguro camino del triunfo. Adelántate... Dentro de poco, tu glorioso pariente Fernando de Lesseps, abrirá en la "Puerta de las lágrimas" el paso de dos mundos, y tu nombre, como el de Isabel de Castilla, resonará a lo largo de la Historia. Egipto enviará las piedras cimentales de un trono nuevo, y la dinastía napoleónica será la felicidad de la Francia.

EUGEN. ¡Dios os escuche, Merimée!

MERIM. ¡Adiós, hija mía! Ya sabes que los dolores más activos se estrellan en la serenidad del tiempo.

EUGEN. ¡Qué bueno sois!... ¡Qué modo tan delicado tenéis de recordar las cosas!... *(Inclinando la cabeza, como dejándose llevar de un dulce recuerdo.)*

MERIM. ¡Adiós, Eugenia!
EUGEN. ¡Adiós, mi único amigo, adiós! *(Merimée sale por la puerta del primer término y Eugenia se desploma en una butaca, llevándose el pañuelo a los ojos, a tiempo que entra Cordelia, primer término.)*

ESCENA IX

Eugenia y *la Condesa Cordelia.*

CONDS. ¡Señora, señora!...
EUGEN. *(Sobresaltada.)* ¿Qué deseáis?
CONDS. ¿Puedo atreverme a preguntar a Vuestra Majestad si le ocurre algo?
EUGEN. Nada, Condesa.
CONDS. ¡Como no acude Vuestra Majestad, según costumbre, a las habitaciones del Príncipe...!
EUGEN. ¡Es verdad, es verdad! Es la hora en que vuelve de la Bagatela. *(Se oculta completamente tras el biombo, arreglándose los cabellos ante el espejo y limpiándose las lágrimas.)* ¿Sabéis si Su Majestad ha desistido de su viaje a Saint-Cloud?
CONDS. *(Dirigiéndose a la ventana con muestras de visible impaciencia, queda de espaldas a la puerta del fondo.)* Según parece, van a partir. Picadores y monteros acuden al patio.

ESCENA X

Dichas y *Napoleón.*

NAPOL. *(Aparece por el largo salón del fondo, viene en traje de montería, y al ver a Cordelia, avanza cautelosamente, y dice.)* ¡Estáis sola!... ¡Gracias a Dios, Condesa!
EUGEN. *(Volviéndose rápidamente con la estupefacción pintada en el rostro.)* ¿Eh? *(Cordelia, confu-*

sa, hace señas al Emperador, que se inmuta. Eugenia, vacilante de emoción, se apoya en el extremo del biombo, con las manos detrás del cuerpo y va mostrándose poco a poco y dirigiendo su imponente mirada, primero, al Emperador, que retrocede un paso; luego a la de Lambal, que se dirige apresuradamente a la puerta del primer término, deteniéndose después vacilante, indecisa. Al fin, Eugenia tiende hacia ella el brazo, y dice majestuosa, despectivamente.) ¡Salid, miserable! ¡Salid para siempre!

CONDS. *(Aparte.)* ¿Y qué? ¡Ya me he vengado! *(Vase. Eugenia avanza hacia su marido.)*

ESCENA XI

Eugenia y *Napoleón.*

EUGEN. En cuanto a vos...

NAPOL. ¿Qué pretendes?

EUGEN. ¿Que qué pretendo? ¡Nada! Esperar, esperar... a que por olvido de quien soy, y cuando se acabe la serie, me llegue el turno de que me hagas el amor otra vez... ¿Hay nada más sencillo?

NAPOL. Eugenia...

EUGEN. *(Parodiándole.)* ¡Eugenia!... ¡Ea! ¡Ya cumpliste! ¡Ya no hay más! Con decir Eugenia, ¡esta dicho todo!

NAPOL. Se te alcanzará que fué una confusión... funesta si quieres.

EUGEN. ¡Confundirme a mí!... ¡A tu esposa, con esa mujer!... La verdad, que es fácil. ¡Disculpa de rey!

NAPOL. Distraído, como siempre...

EUGEN. Me llamaste Condesa...

NAPOL. ¿Eso dije?... Comprenderás... *(Queriendo acercarse a ella, que hace un mohín de reproche, y sigue hablando, con mordaz ironía.)*

EUGEN. Comprendo que es preciso que sigas en tus placeres, para aturdirte y no ver el oculto mal que te amenaza.
NAPOL. ¡No usas frases consoladoras!
EUGEN. Las tuve para ti, muy tiernas, muy dulces.
NAPOL. Cuando me amabas, es cierto.
EUGEN. ¿Tienes una sola queja?
NAPOL. De tenerla, ya verías quién es la que manda en mi corazón.
EUGEN. Ya sabía yo que renunciarías a ese viaje por mí.
NAPOL. ¿A cuál?
EUGEN. Al de Saint-Cloud.
NAPOL. ¡Vaya un papel!... ¿No fuiste tú mil veces inductora de estas excursiones?
EUGEN. Cuando llevábamos jaurías de galgos... No estas "jaurías" que ahora usas tú.
NAPOL. *(Sonriente.)* Siempre graciosa.
EUGEN. *(Insinuante.)* ¡Quedate, y como Sherezada, contaré a mi imperial esposo un cuento cada hora!
NAPOL. No exijo tanto.
EUGEN. Te hablaré de lo que se dice por fuera.
NAPOL. Poca novedad.
EUGEN. Te recordaré que tienes un hijo.
NAPOL. Tú y él sois florones de mi corona.
EUGEN. Te recordaré, para que vivas alerta y no te fíes, la funesta noche de Orsini y a los conspiradores que acechan siempre.
NAPOL. Basta, Eugenia... He dado mi palabra real; Walewski y Morny me esperan.
EUGEN. ¡Te lo ruego! *(Con mucha sumisión, inclinándose como para arrodillarse.)* ¡Desiste!
NAPOL. ¡Oh, por Dios, Eugenia!... ¡No agotes los discursos.
EUGEN. ¡Mira que mi paciencia se apura ya!... Antes, esa aborrecible Condesa de Castiglioni, y ahora...
NAPOL. Te repito que te equivocas.
EUGEN. ¡Oh! ¡Si te llevas a esa mujer!...
NAPOL. ¿Pues no van otras?
EUGEN. ¡Y era aquí donde venías a buscarla!

NAPOL. Venía a rogarte que me acompañaras.
EUGEN. ¡Mientes!
NAPOL. ¡Eugenia!
EUGEN. Sin duda tienes la costumbre de profanar el sitio donde tu hijo besa a su madre... ¿Te quedarás?
NAPOL. Es imposible.
EUGEN. ¡Aún no me conoces!
NAPOL. ¿Qué quieres decir?
EUGEN. Que yo también me iré, me iré con mi hijo.
NAPOL. ¡El Príncipe pertenece al Imperio, bajo la égida de su Soberano!
EUGEN. ¡Pertenece a su madre, bajo la tutela de Dios!
NAPOL. Espero que no cometas una insensatez, que bien a pesar mío me obligaría...
EUGEN. ¡Y eres tú, el vencedor de Solferino, tú el apasionado de Compiègne...! ¡Qué bien se destaca la línea progresiva de tu caballeresca conducta...! ¡Cómo empezaste y cómo acabas!
NAPOL. ¡Ea, basta de violencias conyugales, que luego son del dominio público!
EUGEN. ¡Nunca las quise!... ¡Jamás di yo motivo para ellas!... ¡Reflexiona!... ¡Aún es tiempo!
NAPOL. Ese consejo debo darte yo... No leas tanto, Eugenia... ¡Estás nutrida de heroínas románticas!... ¡Basta ya! *(Se dirige a la puerta del fondo, haciendo un ademán desdeñoso. Se detiene un momento, y después de decir* ¡Adiós! *vase resueltamente.)*
EUGEN. *(Desolada.)* ¡Dios mío!... ¡Qué es esto!... ¡Me ahogo! ¡Yo despreciada así!

ESCENA XII

Eugenia y la Condesa de Larroche.

(Entra la Condesa de Larroche Lambert, todavía con tocado de calle.)

LARRO. Pero... ¿qué sucede?... ¡El servicio abandonado, el pabellón de damas desierto!... ¡Ah, Eugenia! ¿Qué te ocurre?

EUGEN. *(Arrojándose en sus brazos.)* ¡Eva!... Amiga mía.

LARRO. ¡Y lloras!... ¡Otra vez!... Esto es demasiado.

EUGEN. ¡Qué feliz era en aquel cuartito tuyo de la calle Vivienne!

LARRO. ¡Lo de siempre!... ¿verdad? *(Eugenia hace un gesto de afirmación.)* ¡Si todos son lo mismo!

EUGEN. No, tu marido es bueno.

LARRO. Buenísimo... ¡pero algo he de decir!... Sé firme... ¡No tienes derecho a las lágrimas!

EUGEN. *(Serenándose y con amargura.)* ¡Es verdad!... ¡Soy la Emperatriz!

LARRO. ¡La Emperatriz!... ¡Mi reina, mi señora! ¡Lo que más amo en el mundo!... Pero estabas sola, y el turno correspondía a madama Lambal.

EUGEN. ¡No me la nombres!... ¡La despedí, para siempre!... ¡Para siempre!

LARRO. ¿Acaso?... ¡Dios mío! ¡Lo que son los hombres aunque sean Emperadores!... Pero ¿qué ha visto en esa mujer? *(Aparece Biguet, el jefe de ujieres.)*

ESCENA XIII

Dichas y *Biguet.*

BIGUE. *(Desde la puerta.)* Señora... El señor Callerghis solicita una audiencia.

LARRO. *(Consternada.)* ¡El!... Eugenia, ¿le recibirás? Mira, que...

EUGEN. Biguet, no creo que sea éste el modo de solicitar una audiencia mía.

BIGUE. Majestad, dice que se trata de la vida de un hombre.

EUGEN. Hacedle pasar. *(A la Condesa de Larroche.)* Tú, quédate.

LARRO. Te comprometes demasiado... ¿Pero no sabes?

EUGEN. ¿Qué?

LARRO. ¡El Emperador está furioso!
EUGEN. ¡Ya lo sé!
LARRO. Le odia por lo de anoche, por la frase que dirigió al Príncipe de Murat y le ha desterrado... Madama Carette acaba de decírmelo... ¡Si lo supiera!
EUGEN. ¡Mejor! ¡Puede que así parezca yo más digna a sus ojos!

ESCENA XIV

Dichas y *Callerghis.*

(Aparece Callerghis, que sin pasar de la puerta, se inclina profundamente.)
CALL. ¡Majestad!
EUGEN. ¿Es así, señor Callerghis, como respetáis las órdenes del Emperador?
CALL. ¡Oh!... ¿Sabéis, señora?
EUGEN. Sé admirar vuestra audacia.
CALL. ¡Decid mi extravío, mi locura!
EUGEN. No tengo intención de analizar lo que os afecta..., lo que sé es que vuestro insensato atrevimiento ha confundido la afabilidad de una Reina, que es gracia de su rango, con otros sentimientos indignos de mí.
CALL. *(Con gran abatimiento, lentitud y respeto, como si fuera midiendo sus palabras.)* ¡Jamás!... ¡Os lo juro, señora!... Por eso, antes de irme, deseo destruir el equívoco que por mi mala suerte censura Vuestra Majestad... Ni traicioné al Emperador, como él supone, ni por desdicha mía pude esperar nada de lo que está cerca de Dios.
EUGEN. Pero ¿esto mismo que decís, no es un nuevo agravio?
CALL. Ni estas palabras mías pretenden ser la revelación de un amor imposible... ¡No me miréis irritada, señora! A cada frase antepongo la palabra ¡perdón!... Anteponed vos la clemencia

a cada sílaba que se escape de mi sinceridad... ¡Es la última vez que vengo a molestaros!

TURO. *(Aparte.)* ¡Pobre!

CALL. Yo cegué de amores cuando pisé el suelo de París... yo cegué voluntariamente... para que no pudiera llegar a mis ojos la luz de una esperanza deslumbradora... Anoche me los abrió de súbito una pasión invencible, los celos... los celos de un amor sin motivo... de un amor sin reciprocidad... Sí, eso es cierto. Pero al ver a otro hombre, mirándola como yo la hubiera mirado, me cegó un relámpago de sangre y...

EUGEN. No dudasteis en comprometer a quien, ni con una mirada siquiera, dió ocasión a vuestra osadía.

CALL. Nadie me oyó... Hay palabras que mueren en su propio ímpetu..., sólo el Emperador pudo adivinarlas.

EUGEN. ¡Salid!

CALL. ¡Ved estas lágrimas de un hombre que no lloró jamás!... ¡Si pudiera con mi sangre borrar esta mala impresión!

EUGEN. ¡Basta! ¡Os lo ruego!

LARRO. Señor Callerghis, no insistáis.

CALL. Juradme, señora, que no guardaréis de este loco un triste recuerdo.

EUGEN. Todas vuestras súplicas han de batir en la piedra de mi desdén. Señor Callerghis, marchaos... ¡Si el Emperador supiera que habéis infringido su orden!... Estáis perdiendo un tiempo precioso.

CALL. ¿Y no permitiréis que bese vuestra mano?... ¿No me concederéis vuestro perdón?

LARRO. *(Aparte a Eugenia.)* ¡Eugenia, ten piedad! Eso a nada te compromete.

EUGEN. *(Majestuosa y emocionada, alargando la mano, que él besa conmovido.)* ¡Adiós, señor Callerghis! *(Callerghis, con la frente inclinada, sigue dócilmente a Eva, y se oye un sollozo. Ya en la puerta se vuelve para mirar apasionadamente a Eugenia.)*

LARRO. *(Aparte.)* ¡Desventurado! ¡Así es la vida!
EUGEN. ¡Vuelve Callerghis...! Os perdono y rogaré al cielo por vos.
CALL. ¡Gracias, gracias, señora!
EUGEN. Llévale por la escalera de damas... No permanezcáis en París ni un minuto, si queréis que yo esté tranquila. *(Vase Callerghis acompañado de la Condesa Larroche.)*
EUGEN. ¡Oh, qué dijeron mis labios!... ¡Si queréis que yo esté tranquila!... ¿Y qué me importa este hombre y todos los hombres del mundo? *(Aparece el Príncipe por la puerta del fondo. Es un niño de ocho años.)*

ESCENA XV

Eugenia y *el Príncipe.*

PRINCI. ¡Mamá!... ¡Mamá!
EUGEN. *(Corriendo a él y estrechándole contra su pecho.)* ¡Hijo mío!... ¡Hijo de mi alma!
PRINCI. ¿Lloras?
EUGEN. Sí; lloro por un libro que me enterneció.
PRINCI. Pues lee Historia, que sólo sirve para secar los ojos.
EUGEN. ¿Vienes de tu finca?
PRINCI. Sí; de la Bagatela.
EUGEN. Y te habrás divertido.
PRINCI. No, porque juego solo. Ni el aya ni el caballerizo dejan que otros niños se acerquen.
EUGEN. Pues yo les reñiré.
PRINCI. Mamá, hoy me ha dicho mi preceptor que la Bagatela perteneció al Conde de Artois.
EUGEN. Carlos X, en la Historia.
PRINCI. Eso es... ¿Y por qué se hizo la Bagatela, teniendo un palacio como éste?
EUGEN. Hijo... porque los reyes necesitan siempre sus bagatelas.
PRINCI. ¡Ah!
EUGEN. ¡Ya me entenderás otro día! *(Oyense unas trompas de caza.)*

PRINCI. *(Corriendo hacia una de las ventanas.)* ¿Qué es eso, mamá, se va papá?

EUGEN. *(Irónica.)* Sí: va a Saint-Cloud, que es una bagatela también. *(Entra la Condesa Larroche, que se queda un minuto en la puerta mirando a la Emperatriz. Esta corresponde a su mirada. y pregunta con interés.)*

ESCENA FINAL

Eugenia, el Príncipe, Condesa Larroche, después *La Chesnaye.*

EUGEN. ¿Qué, se fué ya?...

LARRO. Sí; ya se fué.

EUGEN. ¡Gracias, Dios mío!...

PRINCI. ¿Das las gracias a Dios porque papá se marcha?

EUGEN. ¡Eh!... ¡Tú qué sabes, monín! Ven, ven con tu madre... ¿Quieres que juguemos? *(Sentándose y sentándolo sobre sus rodillas. A la Larroche Lambert.)* Di a La Chesnaye que traiga los juguetes del Príncipe. *(Sale Larroche Lambert, y vuelve al momento, seguida de La Chesnaye, afeitado y trayendo algunos juguetes.)*

CHESN. Lo había previsto, señora.

EUGEN. He dicho que viniera La Chesnaye.

CHESN. *(Melifluamente y creyendo que va a dar el golpe.)* Soy yo... Es que me he afeitado, señora... ¡Ni aun así logro complacer!

EUGEN. *(Sin hacerle caso. Atrayendo hacia sí al Príncipe.)* Pon tu cabecita sobre mi corazón. ¡Así, amor mío! ¡Mi encanto! ¡Mi gloria!... ¿Qué será de ti?... ¿Qué será de los dos en el mundo?

TELÓN

ACTO QUINTO

La caida del Imperio.—4 de septiembre de 1870.

Gabinete en el pabellón del Palacio de las Tullerías, que da a la plaza del Carrousel. Un ventanal por el que debe verse dicha plaza. Puertas en ambos laterales y al fondo. Entre los muebles lujosos y apropiados se verá una mesita con mantel y servicio, pero las viandas permanecen sin tocar en los platos. Es a la caída de la tarde. En escena la señorita de Larroche, la Duquesa de la Brié, madame Lebreton y Biguet. Madame Lebreton, junto a la ventana, mira a la calle con interés. La Duquesa habla por lo bajo con Biguet, el ujier, que desde la puerta escucha distraído lo que su interlocutora le dice, mirando incesantemente hacia el interior. La señorita de Larroche se aproxima, curiosa, a madame Lebreton.

ESCENA I

La señorita de Larroche, Duquesa de Brié, madame Lebreton y Biguet.

LARRO. Parece que se aleja el tumulto, ¿verdad?

LEBRE. Si... por lo menos nada oigo ahora.

LARRO. ¿A ver?... *(Escuchando junto al ventanal.)* Aún se percibe confusamente el griterío. ¡Si Dios quisiera que esto acabara!

LEBRE. No lo esperemos. Antes hay que temer mayores desmanes.

LARRO. Parecía que París recobraba la calma y que el pueblo, cansado de vociferar, se había dormido otra vez.

LEBRE. ¡Dormirse!...

DUQS. Así decía la voz de Buridan en la torre de Nesle... pero lo cierto es que en París nadie dormirá tampoco esta noche.

LEBRE. ¡Una más!

DUQS. ¡A quién se lo decís! ¡Buen susto me dieron el sábado! Volvía de la Opera, cuando de pronto, un aluvión de gentes con hachones humeantes se precipitó hacia mí, cantando desaforada-

mente la "Marsellesa"... ¡Figuraos mi apuro! ¡No nos hagamos ilusiones, el Imperio se va...!

LARRO. ¡Pobre Eugenia!... *(Aparece el Príncipe de Metternich, agitado, inquieto; las damas acuden hacia él.)*

ESCENA II

Dichos y el Príncipe de Metternich.

METT. ¡Tenéis razón, amiga mía!

LEBRE. ¿Qué, Príncipe, sabéis algo nuevo?

METT. ¡Y definitivo! ¡La revuelta cunde por momentos!... ¡París hierve!

DUQS. ¡Si esto se veía venir!

LARRO. ¡Dios poderoso!

METT. Cuando salí del Cuerpo Colegislativo, aquello era un burdel. Crenneux, Julio Ferry, Gambetta... todos gritan... Los entrometidos vociferan como energúmenos. Nadie se entiende. La ansiedad se ha convertido en demencia. Recíbense a cada instante noticias desastrosas, que excitan los ánimos y exacerban la ira popular. La falsa victoria de Saarbruk ha indignado, la retirada de Woerth ha enloquecido, y la enorme derrota y capitulación de Sedán colma la medida.

LARRO. ¡Espantoso desastre!

LEBRE. ¡Cuando esto llegue a oídos del pueblo!

DUQS. ¡No habrá quien lo contenga!

METT. ¡Es el fin de una temeraria locura! ¡Si el Emperador me hubiera escuchado!

DUQS. ¡Y ahora, ¿qué hacer?

METT. Lo que el Destino mande, Duquesa.

DUQS. ¡Es que el Destino da palos de ciego!

LEBRE. *(Indignada al oír la exclamación de la Duquesa, dirigiéndose a Biguet, que no se aparta de la puerta.)* Biguet, quizá la señora Duquesa quiere que se avise su coche.

BIGUE. Me parece que no lo encontraría...

DUQS. No, no, Biguet. Esperemos. ¿Verdad, señora de Larroche?

LARRO. Haced lo que os plazca... yo, sí. Yo no me separaré de Su Majestad.

DUQS. *(Aparte.)* ¡Qué mujer! *(A madame Lebretón, que se ha acercado al ventanal.)* Vuelve a oírse el vocerío de la chusma, ¿verdad?

LEBRE. Eso me parecía...

DUQS. ¡Yo estoy horrorizada!

METT. *(A Larroche Lambert.)* ¿Y la Emperatriz?

LARRO. ¡Figuraos!... Vaga como alma en pena, devorada por la inquietud, en las alternativas de desesperación y de confianza. Pero su entereza me asombra. Sabe ocultar sus sufrimientos... Hoy, como todos los días, ha visitado a sus heridos...

METT. Todo palacio es ya un hospital.

LARRO. Excepto este pabelloncito en que se ha refugiado. ¡Y mirad como le agradece el pueblo su abnegación, su filantropía!...

METT. El pueblo, en su vehemencia, es cruel. Olvida pronto los beneficios que se le hacen.

LARRO. Voy advertir a Su Majestad de vuestra llegada.

METT. No; esperemos. Su misma angustia la traerá. ¡Cuánto más tarde sepa su desventura!...

LARRO. Os esperaba impaciente. A vos y a monsieur Merimée, que ha ido a ver a Thiers...

METT. A pedirle clemencia, ¿verdad?... ¡Otra claudicación!

LARRO. Seguridad para ella. ¡Para la que tanto adoramos todos! *(Rompe en llanto.)*

METT. Nada conseguirá. Aún no sacó las garras el tigre, pero sus ojos fosforecen en la sombra de la espera. El, como todos, fragua la caída del Imperio... ¡Cuestión de horas! ¡Eva, no lloréis! ¡Preparaos!

DUQS. *(Que se ha apartado de la ventana y escucha el diálogo.)* ¡Es una recomendación tranquilizadora!...

LEBRE. *(Desde la ventana.)* ¡Callad!...

DUQS. ¿Qué, se oye algo?
LEBRE. Son ráfagas de rumores, que parece que se acercan.
DUQS. *(Prestando atención.)* ¡Sí!... ¡Escuchad!... *(Todos van hacia la ventana y escuchan. Se oye, efectivamente, rumor confuso, lejano vocerío y disparos.)*
BIGUE. ¡Y golpes secos!...
METT. Tiros sin duda...
LEBRE. Hace ya rato que los percibo. Es hacia la Cité...
BIGUE. Sí; hacia la calle de San Antonio.
METT. ¡El barrio maldito!

ESCENA III

Dichos y *Eugenia.*

(Aparece la Emperatriz, digna, grave, contrariada.)
METT. ¡Majestad!... *(Dobla la rodilla y le besa la mano.)*
EUGEN. Alzaos, Príncipe... ¡Majestad caída! *(Con amargura.)*
METT. Aún no, señora.
EUGEN. Aún no... Luego, sí...
LARRO. Confiemos en Dios.
EUGEN. ¡Y es éste el resultado de mi manifiesto al pueblo de París!
METT. París ha sido engañado, señora.
EUGEN. No por mí, que he sido leal.
METT. Pero Francia llora a sus hijos, víctimas de la imprevisión y de la locura...
EUGEN. Y yo a la Francia y a mi hijo ausente, y a mi esposo enfermo, a quien mi voluntad retiene en la frontera... ¡Todo ha querido abandonarnos! Hasta el Austria, de la que fuimos generoso auxilio.
METT. Ya os lo dije, señora. El Austria no puede ayudarnos, porque tiene la triste seguridad de que seréis vencidos.

EUGEN. *(Furiosa, altiva.)* ¡Aún, no!...

METT. *(Aparte, inclinando la frente.)* ¡Infeliz, nada sabe! *(Alto.)* Prusia, señora, aniquilaría sin esfuerzos los ejércitos coaligados de la Francia y de mi Emperador.

EUGEN. ¡Os engañáis, señor Príncipe de Metternich!

METT. ¡Majestad!...

EUGEN. ¡Perdonad, amigo mío, el dolor me trastorna!...

LARRO. ¡Eugenia, cálmate!

EUGEN. ¡Francia es inmortal! ¡Yo he visto las águilas tremolando en el aire sobre la fiereza de mis batallones!... ¡Por poderosos que os parezcan vuestros prusianos, caerán a nuestros pies..., ¿verdad, Eva?... ¿Verdad, amigos míos? *(Todos inclinan la cabeza.)* ¡Ah! No logro inspiraros mi confianza! Y no obstante... ¿No oís? ¡No oís! *(Suena una música tocando la marcha de "Aida".)* ¿Qué es eso, madame Lebreton?

LEBRE. Señora, son los músicos ambulantes que suelen venir a la Plaza del Carrousel...

DUQS. *(Aparte.)* ¡Buena hora de músicas!

LEBRE. Ellos nada saben tampoco. *(Mirando a Metternich.)*

METT. Son como los gorriones que buscan las migas de pan junto al ruido...

EUGEN. ¡Oísteis! Todas las melancolías de mis recuerdos se revuelven en el fondo de esta noche cruel. ¡Oíd esa música compuesta para mí, por el ilustre Verdi! A sus sones, con un séquito de más de cien reyes, inauguraba yo hace un año el Canal de Suez, aquella gigantesca obra del glorioso Lesseps, que parecía una apoteosis de nuestro reinado.

METT. ¡La vuestra, Majestad! ¡No ha visto el mundo nada más grandioso! ¡Ningún pueblo, ninguna Soberana mereció más fervoroso homenaje de acatamiento!

EUGEN. ¡Todo era entonces firmeza y optimismo, adhesión inquebrantable al Imperio!... ¡Y ahora,

ya lo veis!... ¡Quizá me aguarde el mismo fin que a aquella reina, objeto de mis devociones, cuyo recuerdo hice flotar en Versalles y aquí...!

LEBRE. ¡Señora, por Dios!... ¡Desechad esas ideas!

METT. Los tiempos han cambiado...

EUGEN. Pero los hombres, no... Escuchad... ¿Qué es eso?

DUQS. Parece el rumor de un carruaje.

BIGUE. *(Que se ha acercado al ventanal.)* Sí; se acerca; va por el muelle.

EUGEN. ¡Oh, qué intranquilidad!... ¡Todo me sobresalta! *(Biguet hace una indicación a madame Lebreton, señalando la mesa servida.)*

LEBRE. Vamos, señora..., un poco de alimento.

LARRO. Sí, Eugenia, estás desmayada... Tu frente arde.

EUGEN. No puedo, amigas mías... Príncipe, dispensad...

LEBRE. Pues hay que adquirir fuerzas...

METT. ¡Ahora más que nunca son precisas!

EUGEN. *(A Biguet, que presta atención.)* ¿Qué escucháis, Biguet?

BIGUE. Oigo pasos, Majestad... Si no me equivoco, alguien viene. *(Aparece Merimée.)*

ESCENA IV

Los mismos y *Merimée.*

EUGEN. ¡Próspero, amigo mío, con cuánta ansiedad os esperaba!...

MERIM. ¡Y gracias a que pude llegar!

METT. ¡Dichoso vos que encontrasteis un carruaje!...

MERIM. ¿Yo? ¡Si no hay modo de dar con un coche!

LARRO. ¿Pero no vinisteis en él?

MERIM. ¿En cuál?

DUQS. En ese que llegó hace poco.

MERIM. No, no. Ya veis mi actitud. Pero no hay que perder tiempo. Ese hombre...

EUGEN. ¿Thiers?

MERIM. Sí, Thiers; el egoísta de mármol, el inexorable, el fatídico, el justo...

EUGEN. Y le habéis rogado... ¡Dios mío!
METT. *(Aparte.)* Ya lo sabía yo.
MERIM. Os juro que la violencia de ese ruego me costará la vida.
EUGEN. ¡Calmaos! ¡Haremos que vuelva el Emperador inmediatamente!
MERIM. *(Mirando a Metternich, como para acusarle de su sobra de discreción.)* Pero ¿es que ignora?...
METT. *(Bajo, rápidamente a Merimée.)* No me atreví a decirle nada...
MERIM. *(Enérgicamente.)* Pues hay que saber la verdad.
EUGEN. Todo es preferible a mi angustia...
MERIM. Por dura que sea, hay que decirla. Thiers, como miembro del Cuerpo Colegislativo, se opuso a la guerra, y... tenía razón.
EUGEN. *(Con amargura.)* ¡Y vos..., vos decís eso!
MERIM. Lo dije y lo repito; esa guerra era una insensatez.
METT. Ya lo veis, señora.
EUGEN. ¡Ah! ¡Todos me acusáis!
MERIM. Thiers dice que no puede salvaros ni al Imperio ni a ti... pero te salvaremos todos.
EUGEN. Aún queda él... él.
MERIM. Pero... ¿quién?
EUGEN. El Emperador.
MERIM. ¡Desgraciada! Oye su voz en el laconismo de este telegrama funesto...
EUGEN. ¡Callad!... ¡No quiero oíros!... ¿Qué vais a decirme?
MERIM. Lo que es necesario que sepas para que te decidas a huír...
EUGEN. *(Con un grito.)* ¡Oh!... ¿Muerto?... ¡muerto!
MERIM. ¡Peor! ¡Sé digna de ti! Oye, hija mía. *(Gran ansiedad en todos. Leyendo.)* "El Ejército derrotado y cautivo. No habiendo encontrado yo la muerte en medio de mis soldados, he tenido que rendirme prisionero para salvar la Francia.—*Napoleón.*"

EUGEN. *(Cubriéndose el rostro con las manos.)* ¡Oh, qué vergüenza!

MERIM. Sedán es el epitafio del Imperio. *(Eugenia cae desvanecida en la butaca que hay detrás de ella. Poseído de frenética desesperación.)* ¡Eugenia! ¡Eugenia!... ¡Y soy yo, yo, el que te abruma! ¡Quien daría por ti la vida!

METT. Animo, señora... ¡Mostrad vuestra alma fuerte...!

LEBRE. *(Asustadísima, volviéndose al ujier, que ya, con mano temblorosa, ha llenado una copa de agua.)* ¡Biguet!... ¡Por Dios!...

EUGEN. *(Reponiéndose.)* ¡Oh, no temáis! ¡Seré digna de él y de mí!... ¡Por mi hijo!... ¡Por la Francia!... que tan pérfidamente corresponde a mi fidelidad para con ella. *(Abrese de pronto una puerta lateral, que permaneció cerrada hasta entonces, y en su hueco aparece una mujer que lleva sobre sus hombros un largo velo.)*

ESCENA V

Dichos y *la Condesa de Lambal.*

EUGEN. ¡Oh!... ¿Quién sois!...

CONDS. *(Alzándose el velo.)* Soy yo, señora. *(Humilde humildísima.)*

LARRO. *(A Lebretón.)* ¡La de Lambal!

DUQS. ¡Cordelia!

EUGEN. *(Levantándose.)* ¡Vos!... ¡Vos aquí! ¿Venís a insultar mi agonía?

CONDS. *(Arrojándose a sus pies.)* Vengo a morir con Vuestra Majestad, si es preciso. ¡Por Dios!... Por lo que más queráis, señora, concededme el consuelo de vuestro perdón. ¡Os lo pide fervorosamente mi alma atribulada!

EUGEN. ¡Levantad, Condesa! Os perdono, tanto como me heristeis.

CONDS. ¡Ojalá pudieran mis lágrimas dar fe de mis remordimientos!

MERIM. *(A Cordelia, como para hacerla sentir el peso de las circunstancias. Oyense dentro rumores de motín.)* Señora..., comprended...

CONDS. *(Poniéndose rápidamente en pie.)* ¡Oh, sí, tenéis razón...! ¡Perdonadme ella y todos!

MERIM. Eugenia..., es necesario huír y sin perder minuto.

EUGEN. *(Resuelta.)* ¡No! *(Se acentúan los rumores.)*

MERIM. Oye a ese pueblo airado que viene en tu busca.

EUGEN. Que venga... aquí estoy.

LEBRE. Señora, decidíos en nombre del cielo.

DUQS. ¡Por nosotros, siquiera!

LARRO. Concédenos este último bien.

EUGEN. Huíd, huíd..., marchaos, dejadme sola, como me dejaron los demás... ¡Qué importa! Al aceptar el trono, acepté también el martirio... Ya evoqué en mi imaginación estas horas fatídicas: ¡El pueblo! ¡El ultraje! Tengo un estímulo, el de aquella cuya dignidad santificó el patíbulo.

MERIM. Eso es una demencia.

EUGEN. Es mi sangre española que se enardece ante el peligro. *(Entra el Prefecto de París.)*

DUQS. ¡El Prefecto de París!

PREFE. Apresuraos, señora. Seguid el consejo de los que bien os quieren. El pueblo se desborda... roto el freno, deshace sus ídolos sin compasión. ¡Oíd! ¡Oíd! La Municipalidad ha dado orden de tocar a rebato. *(Oyese, efectivamente, el ruido de las campanas.)*

EUGEN. Pero vosotras, vosotras, hijas mías... *(A las damas.)* ¿Qué esperáis?...

PREFE. Quedan bajo mi salvaguardia.

METT. Y bajo la tutela de mi Imperio.

EUGEN. ¡Hora aciaga!... ¡Hora de infortunio!

DUQS. *(Arrodillándose.)* ¡Adiós, señora...!

EUGEN. *(Levantándola y abrazándola.)* ¡Adiós, Duquesa de la Brié!... ¡Quien dijera que todo terminaría así!... *(A Larroche, que se precipita en sus brazos vertiendo amargas lágrimas, que*

cortan los sollozos.) ¡Adiós, amiga mía! ¡Mi amiga de siempre!... ¡No llores! ¡No me hagas perder la firmeza que necesito!... Piensa en mí y conserva este último recuerdo de amor. *(Prendiéndole en el pecho la hoja del trébol, que se quita del suyo.)* ¡En memoria mía! ¡Ahora, salid! *(Vanse por la izquierda la Duquesa y Cordelia; ésta, medio desmayada, sostenida por el Prefecto y Metternich. Mira a Biguet y le invita con el gesto a que también se marche.)* ¡Biguet!...

BIGUE. Señora, nada soy.. .pero puedo ser útil... No me separo de Vuestra Majestad.

MERIM. Pronto, pronto... Ya perdimos demasiado tiempo. ¿No hay un coche en palacio?

CONDS. *(Con vehemencia.)* ¡El mío, para eso lo traje...!

BIGUE. ¡Ah, es el que oímos llegar por los muelles!...

CONDS. Sí; un hombre de bien se brindó a traerme. ¡Ahí está pegado a los muros, en la sombra! *(Entra precipitadamente el Conde de Nigra.)*

ESCENA VI

Los mismos y *el Conde de Nigra.*

COND. ¡Huíd! ¡Vienen tumultuosamente!... *(Oyese el tumulto cada vez más cerca.)*

BIGUE. *(Asomándose al ventanal.)* ¡Empiezan a atacar la verja! ¡La guardia no resiste!...

EUGEN. Mejor. No quiero que por mí se derrame una sola gota de sangre francesa.

VOCES. *(Voces estentóreas, dentro.)* ¡Viva Sardou!... ¡Viva Rochefort! ¡Abajo el imperio!...

MERIM. ¡Vamos... pronto! *(Al ver que ella no se mueve.)* ¿Pero es que dudas aún?

EUGEN. ¡No debo huír!... ¡Es vergonzoso!... ¡Si me juzgan culpable aquí me tienen!

METT. ¡Qué tesón..., qué locura!

MERIM. ¡Y tu hijo, Eugenia!... ¿no piensas en tu hijo?

EUGEN. ¡Oh, sí... es verdad! ¡Hijo de mi alma! ¡Por él... sólo por él!

CONDS. ¡Tomad mi velo! *(Despojándose de él y ofreciéndoselo.)*

EUGEN. ¿Y vos?

CONDS. No lo necesito... ¡Vuestro perdón, señora! *(Arrodillándose.)*

EUGEN. Le tenéis... ¡Mi perdón y mi gratitud! *(Se ha puesto el velo apresuradamente. Salen todos como amparándola, por la derecha.)*

CONDS. *(A Biguet.)* ¡Biguet, por la puertecilla secreta!... ¡Ya era tiempo! *(Cordelia se apresura a cerrar la puerta del foro, arrastrando muebles para obstruirla. Se oye cercano griterío.)*

VOZ. *(Dentro.)* ¡Oh, conque resistencias!... *(Ella no cesa de acumular cosas. Luego se queda en un rincón, anhelante, crispada.)* ¡Un minuto!... ¡Dios mío, que se salven!

VOZ. ¡Echad la puerta abajo!

OTRA. Ya la veo... allí está... ¡Es la Badinguet!... *(Abrese de pronto la puerta; dos o tres hombres se precipitan en la estancia, los otros quedan fuera.)*

VOZ 1.ª ¡Sí; es ella! *(Cordelia da un grito y se precipita por la puerta de la izquierda.)*

HOM. 2.º ¡Se escabulle!... ¡Venid!... *(Todos se precipitan tras de ella.)* ¡Muera!...

HOM. 1.º ¡Respetadla! ¡Pertenece a la Nación! *(Entra el pueblo dando gritos de júbilo y venganza; hacia el fondo, por la vidriera del ventanal, se ve como el resplandor de un incendio. Arrecia el vocerío de los de abajo, que al fin rompen en gritos formidables.)* ¡Viva la República francesa!... *(Y mientras el pueblo, abajo, canta la "Marsellesa" o la "Carmañola", cae el*

TELÓN

EPILOGO

Las rosas de la Emperatriz.—Abril de 1912.

El jardín de las Tullerías. Bellos macizos de flores, entre los que destaca uno de hermosísimas rosas. Cerca de él, un asiento, y más hallá, un mástil con un bando. Sale la Emperatriz por la derecha del espectador, y como si hablara con otra persona que no se ve. Es ya una viejecita de ochenta años. Viste de negro, con sombrero de anchas alas y luengas y enlutadas tocas. Avanza apoyándose en un bastón, negro también.

ESCENA UNICA

La Emperatriz, el Guarda, después *la Dama de compañía.*

EUGEN. Esperadme un momento... Me atraen las rosas de este jardín; no puedo remediarlo. *(Arranca una de las rosas y aspira su perfume con delectación.)*

GUAR. *(Apareciendo súbitamente.)* ¡Eh!... ¿Qué hacéis, señora?

EUGEN. ¡Me pilló!

GUAR. ¿No sabéis que esas flores pertenecen al pueblo?

EUGEN. Y a mí, que la he cogido. ¡Vaya con el hombre!

GUAR. *(Señalando el bando con el bastón.)* ¡Ahí tenéis el bando!

EUGEN. En lejanas épocas, el papel de esos bandos sólo hubiera servido para envolver en precioso *bouquet* todas las flores del jardín de las Tullerías.

GUAR. Puede ser; pero ahora hay que pagar la multa... precisamente habéis ido a tocar lo que más aprecio.

EUGEN. ¿Y por qué?... Perdonad; soy curiosa.

GUAR. Porque ese rosal lo plantó la Emperatriz con sus propias manos.

EUGEN. ¡Es verdad!... Son rosas granadinas; de la tie-

rra en que ella nació... ¡Ya no me acordaba!... ¿Y es posible que vivan aún?

GUAR. Porque las cuido con singular esmero... ¿Fuisteis de Palacio?

EUGEN. Sí... ¿Y vos?

GUAR. ¡De los cien guardias!

EUGEN. ¡Hola!...

GUAR. Antes corneta del catorce de ligeros.

EUGEN. ¡Ah!

GUAR. Hice la campaña de Rusia, y en Sebastopol libré la vida por milagro. Es lo que me ha valido para obtener este puesto en los jardines públicos. ¡Qué casualidad!... ¡Y puede que nos hayamos visto en mil ocasiones!

EUGEN. Seguramente... ¿Os acordáis de ella?

GUAR. ¿De la Emperatriz?... Si cierro los ojos, la veo como ahora os veo a vos.

EUGEN. ¡Excelente memoria!

GUAR. Los años dan fuerza a los recuerdos... ¡Qué hermosa era!... ¡Qué gracia y qué majestad la suya!... Cuando formábamos en la galería, mirábamos anhelantes el sitio por donde ella debía aparecer, y al verla, nuestros corazones saltaban de júbilo.

EUGEN. *(Aparte.)* ¡Infeliz!... ¡Si supiera!... *(Velándosele un poco la voz.)* ¿Y del Príncipe, os acordáis?

GUAR. ¡Mucho, muchísimo!... ¡Era la cara de su madre!... ¡Pobre!... ¡Muy mal fin tuvo!...

EUGEN. ¡Horrible, horrible!

GUAR. Pero... ¿lloráis, señora?

EUGEN. Sí... ¡La vejez da fuerza a los recuerdos, pero no contiene las lágrimas! ¡Dios lo quiso!... ¡Qué hemos de hacer!

GUAR. Es natural que lo sintáis... Era tan bueno como su madre.

EUGEN. Y, sin embargo, a ella no la defendisteis mucho aquella noche.

GUAR. ¿La de la caída del Imperio?

EUGEN. *(Con inmensa amargura.)* ¡Sí; la de la caída del Imperio!

GUAR. Os engañáis, señora. Cuando las turbas asal-

taron las Tullerías, me batí desesperadamente hasta caer desvanecido. Un mes estuve en el hospital entre la vida y la muerte, y luego, durante aquella horrible noche de la Communne, al ver desde mi guardillita de la calle de Martignon el incendio de nuestro palacio, creí morir de pena... ¡Ya hace cuarenta años! ¡Quién pensaría que aquel palacio estuvo aquí!

EUGEN. *(Sin poder contener su emoción.)* ¡Gracias, gracias!

GUAR. ¿Vos me dais las gracias?... ¿Por qué, señora?

EUGEN. *(Apartándose el velo para sacar el bolsillo y darle una moneda.)* ¡Tomad!

GUAR. *(Con asombro.)* ¡Un luis!

EUGEN. La multa.

GUAR. Son dos francos.

EUGEN. Guardaréis lo que sobra en recuerdo mío.

GUAR. *(Mirándola atentamente.)* ¡Pero, es posible!... ¡Sí!... ¡Dios me confunda!... ¡No me equivoco... es ella!... ¡La Emperatriz! *(Cayendo de rodillas.)* ¡Perdón, señora!

EUGEN. ¡Levantaos!... ¿Cómo os llamáis?

GUAR. ¡Gerardo Michel, Majestad!

EUGEN. Levantaos, Michel... ¡Aquello pasó para siempre!... ¡Humo fué mi grandeza!... ¡Un sueño aquel palacio y cuanto en él vieron mis ojos!... ¡Dentro de poco la tierra que nos llama, nos cubrirá también, y otras rosas como éstas pondrán bellos olvidos sobre nosotros!

GUAR. Pero antes permítame Vuestra Majestad devolverle este dinero que me abrasa la mano.

EUGEN. Guardadle, guardadle.

GUAR. ¡Será mi reliquia, aunque sufra hambre y sed! *(Besando la moneda. Aparece por la derecha la dama de compañía.)*

DAMA. Vamos, señora, es tarde.

EUGEN. *(Resignada.)* ¡Vamos, sí!; la casualidad me deparó a este viejo amigo...

GUAR. ¡Su amigo yo!

EUGEN. *(Volviéndose hacia él.)* Los viejos no podemos

contar con las horas que llegan, pero si las mías vienen de buen humor, ya charlaremos otra vez.

GUAR. ¡Noble, santa señora!

EUGEN. Charlaremos de aquella Emperatriz, que hoy ciñe la corona de espinas, como antes la de brezos y después la de oro... ¡Y del Príncipe! ¡Sobre todo del Príncipe!

GUAR. ¡Majestad!

EUGEN. Y si me lo consentís, os robaré para él algunas de estas rosas...

TELÓN

EL TEATRO

OBRAS PUBLICADAS

1 *Lecciones de buen amor*, por Jacinto Benavente.
2 *Cobardías*, por Manuel Linares Rivas.
3 *La señorita está loca*, por Felipe Sassone.
4 *Encarna, la Misterio*, por F. Luque y E. Calonge.
5 *La pluma verde*, por Pedro Muñoz Seca y P. Pérez Fernández.
6 *Madrigal*, por Gregorio Martínez Sierra.
7 *Un marido ideal*, por Oscar Wilde.—Traducción de Ricardo Baeza.
8 *¡Que hombre tan simpático!*, por Arniches, Paso y Estremera.
9 *Febrerillo el loco*, por S. y J. Alvarez Quintero.
10 *Las canas de don Juan*, por J. I. Luca de Tena.
11 *La garra*, por Manuel Linares Rivas.
12 *La noche clara*, por A. Hernández Catá.
13 *La virtud sospechosa* (extraordinario), por Jacinto Benavente.
14 *Vidas rectas*, por Marcelino Domingo.
15 *El ardid*, por Pedro Muñoz Seca.
16 *La nave sin timón*, por Luis Fernández Ardavín.
17 *El marido de la estrella*, por Manuel Linares Rivas.
18 *La dama salvaje*, por Enrique Suárez de Deza.
19 *Los cómicos de la legua*, por Federico Oliver.
20 *Volver a vivir*, por Felipe Sassone
21 *Madame Butterfly*, por V. Gabirondo y E. Endériz.
22 *Colonia de lilas*, por J. Fernández del Villar.
23 *La locura de don Juan*, por Carlos Arniches.
24 *La otra honra*, por Jacinto Benavente.
25 *Fantasmas*, por Manuel Linares Rivas.
26 *Rosa de Madrid*, por L. Fernández Ardavín.
27 *Para hacerse amar locamente*, por G. Martínez Sierra.
28 *El conflicto de Mercedes*, por Pedro Muñoz Seca.
29 *La prisa*, por S. y J. Alvarez Quintero.
30 *La hija de Iorio*, por Gabriel D'Annunzio.

LEA USTED Y COLECCIONE TODOS LOS NÚMEROS Y POSEERÁ UNA SELECTA BIBLIOTECA DE OBRAS TEATRALES DE LOS MEJORES AUTORES LA MAYORIA DE LOS CUALES HAN CONCEDIDO LA

EXCLUSIVA

DE SUS PRODUCCIONES A NUESTRA PUBLICACIÓN